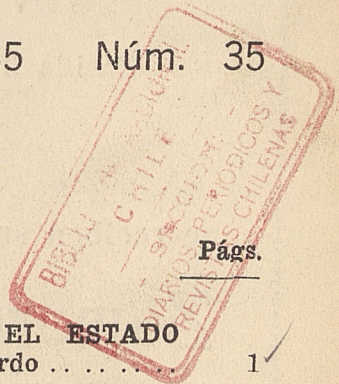


ESTUDIOS

Año III Octubre de 1935 Núm. 35



Págs.

“EL REGIMEN CORPORATIVO Y EL ESTADO FUNCIONAL”, por Guillermo Izquierdo	1 ✓
“LA INCORPORACION DE LA HISTORIA A LA FILOSOFIA ESCOLASTICA”, por Osvaldo Lira ..	15 ✓
“EL PROBLEMA SOCIAL DE LA TUBERCULOSIS EN CHILE”. — Un tema de meditación para los católicos, por los Doctores Roberto Barahona y Osvaldo Sotomayor	27 ✓
“LOS ORIGENES DE LA ORDEN MERCEDARIA”, por Ricardo Montaner Bello (Conclusión)	46 ✓
“UN GRAN CARACTER: El R. P. Fernando Vives”, por Jaime Eyzaguirre	52 ✓
“ECOS DEL EXTRANJERO”: “La semana social de Angers”.—“El Catolicismo en Alemania”.—“La filosofía positivista”	57
“REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS”: “Infinito es el número de tontos”.—“El estado de nuestro pueblo”.—“La guerra”	65
“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”: “El Señor de Ginebra”, por Alejandro Vicuña.—“A dónde va indoamérica” por Raúl Haya de la Torre	68

Precio \$ 1.60

"ESTUDIOS"

REVISTA MENSUAL

Casilla 3746 - Teléfono 89145

Santiago

Se reciben suscripciones en las Librerías:

Zamorano y Caperán

Compañía 1015

LIBRERIA CLARET

Avda. 10 de Julio 1140

(ENTRE SAN DIEGO Y GALVEZ)

Cultura Católica

Delicias 1626

Valor de SUSCRIPCION por 1 año: \$ 18.—

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE

CASILLA 3746 — SANTIAGO DE CHILE

AÑO III

OCTUBRE de 1935

Núm. 35

Guillermo Izquierdo

El Régimen Corporativo y el Estado Funcional

La economía contemporánea en sus relaciones con el Estado

La economía contemporánea ha dado, desde el final del siglo XVIII hasta nuestros días, un vuelco considerable. ¡Qué de transformaciones no ha presenciado la humanidad en el campo económico! Se inició la época de la post-revolución francesa con una **revolución económica** que alteró la vida social recientemente removida por las doctrinas racionalistas del siglo. Esta revolución económica se ha operado en los tres campos de la economía; en la vida industrial, en la vida comercial, en la vida financiera.

En el campo industrial los progresos que experimentaron las ciencias, sobre todo, las ciencias físicas y químicas, trajeron un sinnúmero de invenciones. El vapor y la electricidad han provocado esta transformación industrial. Maquinismo, medios de comunicación portentosos, y otros progresos, trastornaron la técnica industrial parasitaria de la época pre-revolucionaria. El antiguo taller cedió el paso a la gran fábrica; la pequeña producción desaparece absorbida por la gran producción; al número modesto de trabajadores un taller humilde medioeval en que laboraban a compás un maestro, un compañero y un aprendiz, sucede ahora la numerosa población proletaria de empleados y obreros, a veces inmensa; al pequeño industrial del pasado sucede ahora el potente capitalista, y tras de él, el cerebro extraordinario, dinámico, emprendedor, y por lo

mismo, urgeteador de provechos máximos, de ese dirigente de la gran industria que se llama el empresario; la técnica de la producción se complica y al lado del jefe de empresa, hay técnicos que son sus consejeros indispensables.

Como se produce para grandes mercados, sólo es posible producir con grandes capitales. La producción ha dejado de ser una actividad en manos de muchos, y ha pasado a ser el monopolio de unos pocos. Es el **capitalismo industrial**, el poseedor de los medios de producción y que tiene en su mano y a su arbitrio la producción mundial de la riqueza. Y esta revolución industrial no se ha detenido hasta ahora, como que en la actualidad impresiona el desarrollo fantástico de la producción, preocupado el productor de llegar a las máquinas más perfectas y alcanzar el proceso de elaboración más científico y mejor aprovechable. Es la racionalización de la industria.

En el campo comercial, como una consecuencia de la revolución industrial, se ha operado también una transformación de métodos y de política. Obligada por la gran producción, la actividad comercial ha ido a la conquista de los grandes mercados del mundo. Como consecuencia de esta extensión ha venido el acrecentamiento del **capitalismo comercial**, aquella primera forma de capitalismo que tuvo su cuna en las burguesías enriquecidas de las prósperas ciudades libres medioevales.

Y en el campo financiero esta revolución económica se ha completado. También el financista mira hacia el mundo, y lo ha conquistado dando vuelo impensado al **crédito**. Los Bancos pasan a ser establecimientos de crédito internacional y se desarrollan los documentos de créditos — cheques, letras de cambio, billetes de banco, — que intervienen en el cambio de valores y riquezas sin necesidad de la intervención de la moneda metálica.

El capitalismo financiero unido al capitalismo comercial y al capitalismo industrial, — este último creación contemporánea, — ha producido no sólo la transformación total de la vida económica, sino que ha traído los problemas sociales surgidos en una sociedad capitalista que ha prosperado al amparo del liberalismo económico y de la democracia política instaurada por la burguesía revolucionaria del siglo XVIII.

Yo me pregunto, frente a este cuadro de una revolución económica tan intensa que se ha venido operando en el transcurso de la era contemporánea y que aun no se detiene en su desarrollo, — cómo es posible que la sociedad permanezca organizada en los cuadros del individualismo.

Una economía como la moderna que presenta tantos y tantos problemas, coloca al Estado en situación premiosa, y a los gobernantes en la situación casi imposible de afrontar con éxito su solución. Y esto se debe, antes que nada, a que todos los grandes problemas de la economía actual se han presentado en un régimen económico liberal y capitalista y en un régimen político liberal también y democrático, la democracia del número, de individualidades que, para no actuar en desconcierto se unen o convergen a unirse en colectividades llamadas "partidos". Y aquí llegamos al gran problema.

La Organización Corporativa en la vida económica

Pierre Lucius, el autor de "Falencia del Capitalismo", ha predicho los desastres si se persiste en mantener la estructura actual de la sociedad y de los Estados. Y el prologuista de su obra, — E. Mathon, — señala como solución única la organización de las corporaciones profesionales obligatorias, como expresión de los intereses sociales y como único medio de procurar el equilibrio económico-social y evitar la catástrofe que puede llevarnos al Comunismo.

Somos muchos los que opinamos en forma semejante. Tal vez nos separen los detalles; posiblemente, aun nos divorcien los medios de conseguir esta aspiración; pero nos une el principio común del ideal corporativo.

No es posible que la sociedad contemporánea, que ha sufrido en el curso del siglo pasado y en lo que va corrido del presente, una revolución económica, que ha trastornado los cuadros tradicionales en la forma que hemos dicho, persista en mantenerse organizada sobre los principios individualistas. Estos últimos no se concilian completamente con la necesidad de contemplar al cuerpo orgánico de la sociedad que produce y que crea riquezas. Sin pretender destruir el poderoso estímulo

lo de la iniciativa individual, hay que procurar que ésta se encauce en forma de que contemple el bienestar general. Se impone la regulación de la economía hoy día anarquizada por la "libre concurrencia" del liberalismo económico, por el egoísmo exagerado que despierta el provecho individual amparado por la propiedad privada sin control y por el dominio del esfuerzo individual, alejado del interés colectivo. La regulación de la economía, sobre la base de eliminar estos males, se consigue con el régimen corporativo y funcional en la economía, es decir, creando en cada rama de la actividad económica general, organismos profesionales y funcionales. Queremos decir con esto, que debemos crear asociaciones de individuos de una misma profesión u oficio, que desempeñen su labor social creadora, teniendo en vista primordialmente el interés de la función, representativa del interés colectivo, antes que el provecho individual, representativo del egoísmo y principal factor de la inarmonía económica que hoy se observa en el campo de la producción y de la circulación de las riquezas.

El orden corporativo no mata las libertades ni atenta contra el derecho de propiedad. Procura regular la vida económica, entregando a las asociaciones y organismos profesionales, en calidad de instituciones de Derecho Público, la misión de intervenir en la vida económica.

Sin violar el principio de la iniciativa individual, ni el derecho de propiedad privada, el orden corporativo impone la acción armónica de todos los valores individuales en la práctica de la **asociación** (llamada en el campo económico, **sindicación**) y exige al derecho de propiedad que su ejercicio no sea incontrolado por el individuo soberano, sino que cumpla la **función social** que le corresponde.

La organización corporativa de la economía se impone como una necesidad de nuestra época, en que las profesiones comerciales, industriales y financieras, en sus distintas categorías, tanto de patrones, de técnicos, de empresarios, de empleados y obreros, — reclaman que las funciones económicas están entregadas a su control.

Pero esta estructura corporativa de la sociedad no sólo debe abarcar las funciones económicas, sino todas las demás funciones de la vida social. De otro modo, haríamos una obra

imperfecta, que dejaría al cuerpo social sometido a dos regímenes inconciliables que provocarían definitivamente, como consecuencia de las reacciones y anti-reacciones, la parálisis total de la vida colectiva.

Así, pues, el orden corporativo integral, creo yo que nos debe llevar a una organización social **funcional**, según el siguiente esquema: 1).—Las **funciones biológicas**, en las que entrarían todas las actividades que persiguen el mejoramiento y conservación de la vida colectiva e individual, como las labores sanitarias, salubridad, medicina, farmacia, etc.; 2).—Las **funciones económicas**, en las que entrarían todas las actividades de la economía de un pueblo relacionadas con el proceso entero de la producción (industrias extractivas semi-extractivas, de transformación y elaboración de materias primas); las industrias de transportes, el comercio al por mayor y al por menor y todas las actividades relacionadas con el proceso de la circulación (como las instituciones de créditos, bancos y otras); 3).—Las **funciones de construcción** (obras públicas y privadas de toda especie); 4).—La **función educacional y cultural** en la que entrarían con sus cuatro ramas, la enseñanza pública (primaria, secundaria, especial y superior) y la enseñanza privada; el periodismo, los escritores, los artistas (pintores, escultores, músicos, etc.); 5).—La **función administrativa**, en la misma forma como la consideran los otros autores; y 6).—La **función judicial**, cuya misión es mantener el ordenamiento jurídico de la sociedad y mantener la integridad de la estructura funcional del Estado. Quedan incluidos en esta función todos los Tribunales de Justicia con sus poderes auxiliares (notarios, archiveros, receptores, abogados, etc.).

No hay una función profesional. Los profesionales liberales deben repartirse cada uno en su función respectiva: el médico en la función biológica, el abogado en la función judicial, el arquitecto y el ingeniero en las funciones de construcción, el profesor en la función educacional.

Para dar vida a estas distintas funciones del Estado, es preciso ir organizando concienzudamente los órganos celulares de cada función y que son también la base de los gremios. Me refiero al **Sindicato** (asociación de individuos de una misma industria, profesión u oficio **en una misma localidad**). Sobre

el Sindicato está el **Gremio** (asociación de todas las personas del país que pertenezcan a una misma industria, profesión u oficio, y tienen, por tanto, ideales, riesgos e intereses comunes). Sobre el gremio está la **Corporación** (órgano de enlace y asociación de los diversos factores de orden económico y social que intervienen en la producción de una industria determinada, o sea, es la asociación del capital, de la técnica y del trabajo). Así la Corporación en su concepto funcional, no es propiamente la corporación facista ("Corpo di Produzione"). La formarían los sindicatos locales o regionales, tanto de obreros como de empleados y técnicos de la industria respectiva, los Consejos Regionales de la misma, los tribunales de conciliación y arbitraje con representación de empleados y obreros, etc.

Una vez llegados a la etapa corporativa, podemos decir que ya tenemos estructurada la función en estado de ponerla en movimiento. Así, por, ejemplo, en la función educacional (para recurrir al ejemplo más simple) hay que organizar en cada localidad los diversos sindicatos de profesores: uno de profesores primarios, otro de secundarios, y aun es posible la formación de sindicatos mixtos. La base del funcionalismo es la **sindicación libre** en el sentido de que el sindicado tiene libertad para elegir sindicato. Así, pues, puede haber un sindicato de profesores primarios católicos, otro de profesores protestantes, otros con un ideal político determinado, etc. Pero el funcionalismo es integral, es decir, dentro de la libertad para elegir sindicato, existe la **obligatoriedad de sindicarse**. Quien no se incorpore a algún sindicato está fuera del ritmo del Estado funcional, y sólo bajo la condición de registrarse en un sindicato es que puede actuar como ciudadano y se le reconocen sus derechos.

He aquí su principal diferencia con el Estado democrático actual que reconoce los derechos políticos al ciudadano esté o no en trabajo activo. Un ocioso ejercita los derechos cívicos en igualdad de condiciones con el trabajador activo. Esta igualdad niveladora hacia abajo, denigrante, perniciosa y corruptora en la democracia liberal, no existe ni puede existir en la democracia funcional. La base de la nivelación son la capacidad y el trabajo. Es una nivelación ascendente. ,

Proyecciones políticas de la organización económica corporativa

La revolución económica contemporánea ha ido moldeando una sociedad movida y agitada por intereses económicos y por aquellos problemas sociales. El individualismo y los principios liberales no responden plenamente a esta realidad social. Impuesta la organización corporativa, es indudable también de que el Estado no podrá permanecer liberal.

Se produciría el divorcio entre la estática de la vida política y la dinámica de la vida social. Es decir, la sociedad aparecerá como una suma de individualidades ocasionalmente agrupadas en colectividades políticas doctrinarias para la generación de los órganos encargados del gobierno de la misma, y por otra, aparecerá agrupada con un criterio orgánico según los intereses reales y por los impulsos económicos en el campo de la producción, de las finanzas, del consumo, etc.

Yo veo así que el Estado contemporáneo tendrá que ser, necesariamente, un Estado con **Constitución Económica** antes que **política**, o como ha dicho muy bien Carl Schmitt, un "Estado de expertos" que responda a la realidad que presenciamos en la actual evolución del Mundo: que el gobierno de las naciones es cada día más una función técnica que exige la intervención de los organismos profesionales, porque hoy se fracasa si se gobierna sobre la base de soluciones empíricas sobre problemas complejos de la economía y de las finanzas.

De ahí que el ilustre Mirkiné Guetzévich, reconozca que el problema de la crisis de la Democracia es un problema que rebasa los límites meramente especulativos de la Ciencia Política. "La crisis de la Democracia — ha dicho en el mismo Prólogo citado, — no es solamente un tema de disertación doctrinal: es por desdicha, una grave realidad política. **Las causas de esta crisis de la democracia son múltiples, y el estudio de ellas no corresponde solamente a la técnica constitucional.** El historiador y el sociólogo son quienes deben pronunciarse sobre las causas de la crisis actual de la democracia; pero la técnica jurídica ha de ser también oída, pues, si bien no le es posible considerar **todas las causas del fenómeno**, debe indicar **ciertas causas**, que corresponden a su dominio".

Perfectamente, el problema debe ser estudiado no sólo por el hombre de derecho, por el constitucionalista. Debe ser estudiado por el historiador y por el sociólogo. Todos estos especialistas, estudiando a fondo las causas de la crisis de la democracia, tendrán que llegar a la conclusión a que he llegado yo: que no basta la consolidación del Estado de Derecho, si no se modifican los fundamentos actuales de la democracia y se buscan otros sustentos para los órganos del Poder Público. Yo creo que esta solución es el Estado Funcional.

De otro modo, si la sociedad contemporánea, perennemente agitada por problemas económicos y sociales, no moldea un Estado con órganos y estructura similares y paralelos al mundo económico, veremos en las naciones el fenómeno inevitable del divorcio completo entre la estática constitucional y la dinámica económico-social. Precisamente, este divorcio ha sido el factor fundamental del desorden político de América Indio-Ibérica con sus revoluciones de un siglo y con esa floración portentosa de caudillos-tiranos, que aparecen como los hombres necesarios para mantener el orden con camisa de fuerza.

Conveniente sería que, por lo menos en América, aprovechemos esta dura lección de ciento veinte años de vida política. Porque en nuestros países la técnica constitucional nos llevó a crear sistemas políticos traídos de Europa, de países con una tradición y con una situación de cultura y medios de vida muy diversos a los nuestros; sistemas políticos con principios ideológicos arrancados de la revolución francesa, mal adaptados a América, con países coloniales, que siguieron siendo coloniales en su economía a pesar de su emancipación política y que, hoy día, no obstante los ciento veinte años corridos, continuamos prácticamente en un estado de semi-colonización, sometidos al imperialismo de las grandes potencias capitalistas. Pues bien, los sistemas políticos que importó la técnica constitucional, crearon una separación, un divorcio completo con nuestros hábitos y con nuestra realidad. Por un lado, en los textos constitucionales se observaba un Estado con gobierno democrático, representativo y liberal. Esto era en el terreno de la estática; pero en el terreno de la dinámica, observábamos una sociedad americana con una aristocracia criolla y un mestizaje analfabeto y numerosísimo entregado a

la explotación primitiva de la tierra y de las industrias extractivas, con fórmulas pre-capitalistas y semi-feudales.

Este divorcio en América ha tendido a desaparecer en el presente siglo, a medida que la población ha progresado en cultura y los pueblos han ido forjando sus tradiciones, que son otro soporte indispensable para la estabilidad. Pero, hemos llegado a esta etapa en que la estática constitucional con la dinámica social se acercan, cuando en el campo de esta última, especialmente con los problemas de post-guerra, la intensidad de los fenómenos económicos se ha precipitado.

Entonces urge preparar el advenimiento de una nueva conformación constitucional, a fin de que en América, y en el Mundo con mayor razón, no presenciemos ese divorcio efectivo entre los textos constitucionales y la realidad de la vida económico-social de una nación organizada en Estado.

Los Partidos políticos y su acción en los problemas del Estado contemporáneo

Pero hay un escollo casi insalvable en esta tarea, me refiero a los partidos políticos.

Soy un convencido de la inutilidad actual de los partidos políticos. De acuerdo con la concepción liberal e inorgánica del Estado, los individuos que componen la nación son unidades iguales unas a otras, que pueden sumarse o restarse, dividirse o multiplicarse (los cismas y las coaliciones de partidos, respectivamente) según la fórmula del sufragio. Este concepto de la nación como un producto resultante de una operación simplemente aritmética, es el fruto del racionalismo moderno que inspiró a la revolución francesa. De aquí han resultado siempre en los Estados liberales individualistas los gobiernos de mayoría, que no son otra expresión que la resultante aritmética de la mitad más uno. De aquí, por lo mismo, el desastre actual de la democracia liberal, porque si bien esta concepción atómica de la sociedad podía conformarse transitoriamente durante el desenvolvimiento triunfal del individualismo en el siglo pasado, no lo puede ser ahora, cuando la evolución económico-social al abrazar todos los valores y el individuo aparece necesariamente supeditado por la masa, por

la colectividad social, con la cual se solidariza y de cuyos intereses comunes es parte activa.

Así, pues, la concepción liberal individualista con el sufragio universal aparece en crisis. Por lo mismo, la nación no puede expresarse por el solo medio de los partidos políticos, "organismos parasitarios, — como lo ha dicho don Luis M. Acuña, — que se mueven de la oligarquía a la demagogía" y que no pueden representar los valores de la actividad colectiva.

En estos mismos días me ha correspondido dirigirme a los elementos que forman el vasto gremio del comercio minorista. El Secretariado General de este comercio me ha solicitado una colaboración para su Revista, y en ella me he referido especialmente a los Partidos Políticos en general, repitiendo en parte opiniones de autores que he comentado en mis libros.

Es curioso observar cómo en el campo de los tratadistas, las opiniones concuerdan hasta en los detalles de las argumentaciones, para apreciar la intervención de los partidos políticos en la vida cívica de los Estados contemporáneos. Yo he podido exponer en mi último libro, "La Racionalización de la Democracia" las críticas que les ha merecido a ilustres tratadistas, la acción proselitista y doctrinaria de los "partidos" en la democracia liberal. Blunschli, Ch. Benoist, Adolfo Posada, Ostrogorsky, M. Bellet, Carl Schmitt, reconocen que los partidos políticos viven de "un continuo tráfico de compromisos", y como dice Posada, "a los partidos políticos se debe el excedente de personal que existe en los diversos países de aspirantes a todos los puestos públicos y que forman pesada impedimenta"; o como dice M. Bellet, los partidos políticos "constituyen por su esencia grupos que acaban por degenerar fatalmente en oligarquías reducidas, cerradas, que utilizan a la masa amorfa del partido para servir los intereses del Directorio o Junta Ejecutiva que lo dirige".

En fin, citar el detalle de todas estas opiniones sería interminable, y no puedo sacrificar otros aspectos interesantes de este estudio, citando opiniones sobre los partidos políticos que ya han sido comentadas en otras publicaciones mías.

Invito a los lectores de "ESTUDIOS" para que lean las páginas de todos estos publicistas que aparecen citados en mi

libro ya mencionado. Y especialmente los invito a leer las páginas admirables que, sobre los partidos políticos, tiene Oscar Alvarez en su libro, "Bases para una Constitución Funcional".

Es el autor que analiza con más claridad el fracaso de los partidos políticos. Después de expresar la misma opinión de Bellet sobre que los partidos políticos degeneran en oligarquías reducidas que utilizan el "carneraje del partido" y después de demostrarnos que los partidos políticos, "no sólo han tenido que claudicar de sus principios, sino que se han visto en la imposibilidad de organizar al Estado sin recurrir a las formas funcionales", declara que "este castillo de naipes se ha venido al suelo con las preocupaciones económicas que dominan al mundo". Los partidos, sin un programa concreto, sin un "contenido social preciso", se han dividido en "derechas" e "izquierdas" sin significar en el fondo nada nuevo...

Hacia un Estado Pre-Corporativo o Pre-Funcional

La magnitud de la tarea por realizar salta a la vista. Por eso, siendo yo un corporativista integral, convencido de que el desideratum, del siglo en materia de organización constitucional del Estado, como igualmente, en la organización económica y social, es la fórmula funcional-corporativa, y concien-do la madeja extensísima que hay que desarrollar, he llegado al convencimiento de que debemos ir a una etapa previa de pre-conformación del Estado actual en los moldes simples (aun no complejos) del Estado Corporativo y funcional.

Se trata de alcanzar un **Estado pre-corporativo**, como podríamos llamarlo, o mejor aún, según mi concepto, más exacto con nuestro propósito, un **Estado pre-Funcional**.

Algunos de los que participan de nuestras ideas, son a este respecto intransigentes. No aceptan sino la integral e inmediata transformación del Estado liberal individualista en un Estado Funcional. Estos amigos ignoran, tal vez, la tarea magna de la organización corporativa en el terreno, posiblemente, por exceso de teoría y falta de experiencia, y creen que se puede llegar al Poder para realizar desde el Gobierno la transformación, como si los pueblos pueden de la noche a la ma-

ñana amoldarse un orden jurídico nuevo, siendo que la historia nos comprueba lo contrario: que son los regímenes jurídicos los que deben amoldarse al modo de ser de los pueblos.

Por consiguiente, creo que, en primer término, se necesita una labor de conformación mental de la población en la ideología funcional. Es decir, formar en capitalistas, en empleados, en obreros, la **mentalidad corporativa o funcional**. Esto no sólo se hace con literatura, como lo hacemos aquí en estas prestigiosas columnas. Se hacen sobre todo, con la labor de organización de sindicatos, de gremios, de asociaciones, a fin de que esta mentalidad se forme más que todo por el convencimiento de la experiencia y no por el simple convencimiento de la argumentación literaria o científica.

En seguida, formada la nueva mentalidad, es preciso realizar con paciencia y con un plan científico, el gremio perfecto, es decir, moldeado dentro de la doctrina funcional, a fin de que la **función** sea después una realidad permanente.

Conformada la sociedad, mental y formalmente, en una organización gremial, — aunque no sea plenamente corporativa y funcional, — será llegado el momento de ir a la transformación del Estado en uno de organización corporativa parcial, transformando algunos órganos del Poder Público de los Estados actuales.

El problema en Chile: el Senado Funcional

En nuestro país la organización gremial está aun en los comienzos. Queda una tarea enorme por hacer; pero, sin embargo, con el perdón de los corporativistas integrales, se puede llegar, si no a la organización de órganos funcionales rigurosamente corporativos, a órganos con **representación de los intereses**, que pueden ayudar a la labor posterior. Porque necesitamos, indudablemente, la cooperación de ciertos órganos del Estado. Se propicia así la reforma del Senado chileno, para darle una estructura nueva con representación de los intereses. Efectivamente, no es más que ésto: una **representación de los intereses**, en cierto modo, una **representación profesional**. Aun no es ni podrá ser una **representación gremial**, no habiendo, en realidad, gremios perfectamente or-

ganizados. Estará muy lejos de ser una representación gremial de las **funciones** del Estado; es decir, muy distante de ser un **Senado Funcional**.

Sin embargo, en la campaña que ahora se hace, y en la que yo participo, se habla del **Senado Funcional**, porque, sin reparar en la impropiedad que, por ahora, tendría este término en relación con lo que se proyecta, tiene en cambio el mérito de ir familiarizando a la opinión con el espíritu integral de la doctrina que propiciamos.

Y esta campaña, tenga o no éxito, será beneficiosísima para la causa. En el peor de los casos hemos contribuído a minar los dogmas usuales que hoy sustentan la organización democrática liberal e individualista, y, por el contrario, a enaltecer los principios corporativos que sustentamos. En la posibilidad de conseguir la reforma, obtendremos esta otra posibilidad mayor: que los representantes gremiales en el seno del Senado demuestren su personalidad superior, frente a la personalidad, a veces menguada de los políticos, impulsados por pasiones partidistas o cegados por los intereses particulares de los grupos.

Sobre la transformación del Senado en una asamblea con representación de los intereses, ofrezco a esta Revista para una próxima oportunidad, un proyecto de reforma.

Una última palabra

Algunos espíritus suspicaces, sobre todo en el campo de la política, acusan a los corporativistas de ser "fascistas". Esto está bien para espíritus simplistas, pero no en hombres inteligentes como algunos de los acusadores que militan en la política activa de nuestro país.

El fascismo es "corporativo", pero el "corporativismo" no es necesariamente "fascista". Entrar a decir por qué no se identifican, ya es cuestión de largas explicaciones que no caben en este estudio, ya por de más extenso. Pero baste decir, por el momento, que el corporativismo austriaco no es fascista, ni el de Portugal tampoco. Hacer estas identidades, donde no las hay, revela más bien el propósito de desviar a la opinión pública o precaverla ante un peligro que no existe.

Ni el corporativismo de hoy puede ser tampoco un régimen igual al que imperó en la Edad Media. Aquí trátase de un corporativismo que va a la reforma en los dos campos fundamentales: en el orden económico y en el orden político. Además, el corporativismo de hoy debe amoldarse a las características de la economía universal contemporánea. No es posible suponer que se trata de establecer el mismo régimen del pasado, que imperó en una economía urbana, muy distante de la economía nacional moderna dominada por la doctrina y los sistemas mercantilistas, y mucho más distintamente todavía de la economía contemporánea que, por ser universal, ha creado una interdependencia de las fuerzas activas que participan en la producción y en la circulación de las riquezas.

El Corporativismo tiene, indudablemente, elementos de otros tiempos, pero construye una visión totalmente nueva al compás con la época en que vivimos.

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

Oswaldo Lira

La Incorporación de la Historia a la Filosofía Escolástica

El 4 de Agosto de 1879 comienza a clarear el alba de una nueva era — que se anuncia esplendorosa — para el pensamiento y para la vida práctica de la humanidad. En aquel día, Su Santidad León XIII lanzaba su Encíclica "**Aeterni Patris**", documento de oportunidad providencial donde, considerada la desorientación radical de los espíritus en todas sus desastrosas consecuencias — señaladas allí con certera penetración — ordena el Pontífice, como remedio salvador, la pronta restauración, en las universidades y seminarios católicos, de la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Aferrada ésta a la evidencia intrínseca de los primeros principios, brindaría con ellos a la inteligencia humana fundamento indestructible para sus construcciones al mismo tiempo que atalaya favorable para recibir los resplandores de la Luz verdadera que ilumina a todo hombre.

Genial en su audacia, vastísimo en alcances era el gesto del Pontífice.

Casi a raíz de la muerte del Doctor Angélico, la Escolástica, elevada en alas de su genio hasta la cumbre del humano saber, (1), saturada en aquellas alturas serenas y solitarias con los efluvios vivificantes del Ser, desciende de tumbo en tumbo, guiada por espíritus superficiales y soberbios, — superficiales porque soberbios — hasta los fangales de una física menaguada. En medio de esa atmósfera viciada y enervante, comienza a debilitarse rápidamente. No se llegó entonces hasta el extremo de constituir al entendimiento en norma reguladora del objeto; pero se dió el primer paso en ese camino fatal, encastillando al intelecto humano dentro de sí propio, mediante el desconocimiento del **Ser intencional**, en cuyo derredor gira toda la epistemología tomista (2). No pudiendo dar razón

(1) *Aeterni Patris*.

(2) Desconocido por los Nominatistas que se forjaban una idea especial y, por consiguiente, materialista, del misterio del conocimiento.

del Ser, la Escolástica perdía su razón de ser, se convertía en un amasijo informe de sutilezas monótonas y antipáticas que sólo daba señales patológicas de vida. En ese lamentable decaimiento la encontraron los ataques de Descartes, Spinoza, Leibniz, y todo ello, unido a la acción de los empiristas ingleses, de Kant y sus discípulos, aniquiló casi por completo a un organismo raquíptico que casi no podía soñar en mantener siquiera los últimos restos de aquella vida exhuberante legada por el humildísimo **Buey mudo de Sicilia**. Sobrevino la catástrofe, y a la que era antaño reina y soberana se la consideró como algo irremediamente pretérito, a manera de esas antiguallas polvorientas que se dejan dormitar silenciosas en un rincón. Ciertamente es que pocos años antes de la Encíclica había surgido en Alemania, España e Italia, y prolongándose algún tanto, uno que otro intento de remozar la antigualla y limpiarla de la escoria acumulada por el tiempo y la decadencia; pero ¿qué iban a poder unas cuantas intenciones aisladas contra la losa universal de la resistencia ambiente?

Para un espectador superficial, cada uno de los esfuerzos de Kleutgen, Balmes y San Severino era **vox clamantis in deserto**. En ellos mismos, empero, la inteligencia escrutadora del estupendo Pontífice descubrió los signos anunciadores de un próximo reverdecer primaveral, y, con aquella decisión que dá a los hombres el llevar dentro de sí la ejecutoria de una misión providencial, resolvió aplicar todo el peso de la Autoridad apostólica para que los frescos brotes se resolvieran en frutos abundantes, limpios y lozanos. La Encíclica fué la imponente voz de mando que, recogida filialmente por Mercier y la escuela de Lovaina, ha provocado ese nuevo despertar magnífico de la Escolástica, objeto de emociones ardientes, esperanzas para los corazones que ansían ver libres a los hombres con la única libertad digna de quienes alimentan dentro de sí mismos la chispa divina, libres por el imperio de la Verdad — **viritas liberabit vos** (3). — Pujante ya en su albor, la Neo-Escolástica continúa fructificando copiosamente en las actividades propiamente filosóficas y además su efluvio vital se va mostrando eficaz en todas las manifestaciones especulativas y prácticas de la inteligencia humana.

(3) Joan, VIII - 32.

Y tenía que suceder así. En su doble caldad de *Scientia rēctrix* del discurso puramente humano y de *ancilla theologiae*, y no obstante la autonomía interna de cada ciencia considerada en su actividad determinada por la *ratio formalis* propia a cada cual, todas las disciplinas científicas teóricas y prácticas del orden natural se ven sometidas directa o indirectamente al dominio de la Filosofía, que defiende y consolida los principios de donde parten todas ellas, y que regula y normaliza *semper et pro semper* sus construcciones deductivas; la Filosofía a su vez se pone al servicio de la Revelación para que ésta pueda constituirse en ciencia de los dogmas, en Teología. Y para nadie es un misterio que la calidad del instrumento influye en la obra del agente que lo utiliza; que la índole de los principios se refleja en las consecuencias allí encerradas, lo cual permite exclamar a Maritain: *a l'exemple de la Vérité premiere elle-meme, dont il nous tamise les rayons, Saint Thomas d'Aquin ne fait pas acception des personnes; il invite au festin de la Sagesse les disciples comme les maitres, les enseignés comme les enseignants, les actifs comme les contemplatifs, les séculiers comme les réguliers, les poètes, les artistes, les savants, les philosophes, que dis-je, l'homme dans la rue pourvu qu'il veut prêter l'oreille, aussi bien que les pretres et les théologiens.* (4).

Allí se dirigían también las esperanzas y deseos de León XIII. No sólo pretendía la restauración interna de la Filosofía; quería que no se pusiera ningún tropiezo, ningún obstáculo, al benéfico influjo que ella — dada la íntima trabazón que liga a las ciencias particulares con la Metafísica — podía y debía hacer sentir cada vez que la inteligencia se entregara a la contemplación pura de la verdad o que contemplase para actuar prácticamente. A esta sola condición, con tal que no se irguieran las pasiones, los deseos desordenados, al resurgimiento filosófico debía seguir el resurgimiento científico, artístico, moral, social, político. Bien claro expone el Pontífice su pensamiento acerca de ésto en varios pasajes de la Encíclica: *Fixando la vista en la triste condición del siglo, y abarcando con el pensamiento la índole de los sucesos públicos y privados,*

(4) J. Maritain: "Le Docteur Angélique". Pág. 85.

échase claramente de ver que toda la causa de los males que actualmente nos afligen y de los que nos amenazan es haberse corrido a todas las esferas de la vida social, siendo recibidas de muchos con aplauso, las dañadas sentencias que ya hace tiempo salen de las escuelas filosóficas acerca de las cosas divinas y humanas (5). Y más adelante, concretándose al Tomismo agrega: ...os exhortamos con todas nuestras fuerzas a todos vosotros, Venerables Hermanos, a que para honor y defensa de la fe católica, para bien de la Sociedad, para el progreso de todas las ciencias, restablēzcáis y propaguéis con toda la posible latitud, la áurea ciencia de Santo Tomás. (6). A través de la restauración de la Filosofía, era la restauración del hombre lo que perseguía León XIII; no del puro animal racional — bueno es recordarlo — sino del animal racional destinado para un fin trascendente a sus fuerzas naturales, para la intuición de Dios en la gloria.

Al lado de la luz, la sombra. Inmenso es el camino recorrido, copiosos los frutos recogidos desde la genial iniciativa de León XIII. El brillo extraordinario, que emula el de la Filosofía, adquirido por las ciencias, las artes, la vida moral, en manos de espíritus que, consciente o instintivamente realizan en sus respectivos campos de acción la virtualidad contenida en los principios del Tomismo, es argumento irredargüible, confirmación magnífica, de la actitud del Papa. ¿A qué citar nombres? Pero, así mismo, ¡cuántos parajes en que la obra benéfica de la Filosofía cristiana rediviva no se deja sentir todavía, aun en los pertenecientes a actividades en que aquella va ya penetrando! ¡cuántas ciencias casi totalmente sustraídas a su influjo bienhechor! Como no pretendemos haecr aquí un balance de lo que se lleva realizado con lo que aún falta por conducir a término, no vamos a acumular datos. Sólo queremos elucidar algunos puntos referentes a una de las disciplinas que hasta ahora ha permanecido virgen a la penetración del Tomismo, — la Historia — indicando qué camino ha de abrírsele para cristianizarla, para tomistizarla.



(5) Aeterni Patris.

(6) Ibidem.

La Historia, considerada como conocimiento de los hechos reales en su pura, concreta individualidad, no es una disciplina científica. Para poseer la primera y fundamental de sus cualidades que es la certeza asentada en el espíritu que estudia, la ciencia necesita desprender a su objeto de todas las fluctuaciones de lo material, hacer de él un **universal**; sólo la universalidad, obtenida por una abstracción más o menos cabal, puede satisfacer ese afán de certeza que anhela nuestro entendimiento. (7). Pero sobre el inmenso cúmulo de acontecimientos que los siglos han venido acrecentando con irremediable tenacidad, el entendimiento puede abatirse, romper la corteza material que envuelve todo aquello, captar el fondo inmaterial que late allí, desentrañar por esto mismo las relaciones de efecto a causa que enlazan entre sí a cada uno de los elementos del conjunto—despojándolos de la materia se les arrebatara su carácter de individualidad — y, poniéndolas de manifiesto, crear un organismo científico. No está reñida con lo que decimos la afirmación de una de las máximas autoridades históricas: “**L’histoire n’est pas l’art de dissenter a propos des faits; elle est une science dont l’objet est de trouver et de bien voir les faits.**” (8). ¿Qué significa esa afirmación de **bien voir les faits**? Conocerlos no sólo en su envoltura externa en aquello que se ofrece de pasto a los sentidos, sino precisar sus notas constitutivas, penetrar en su esencia, conocer los agentes que los han producido, los objetivos que los han determinado. Y hay todavía algo más, que Fustel de Coulanges, no obstante su poderosa facultad de síntesis, no pudo adivinar, malgrado como estaba su espíritu por una formación racionalista; que, una vez conocido, el hecho histórico debe llevarse al campo iluminado por los principios morales, debe ser juzgado en sus relaciones con el bien propio de la naturaleza humana y de la Sociedad.

La actividad humana, en efecto, se desarrolla simultáneamente dentro de dos mundos diferentes: el mundo de lo que no tendremos más remedio que llamar de la Metafísica — pese a los **activos**, que fruncen el ceño cada vez que oyen el voca-

(7) Claro está que se habla tan sólo del orden cognoscitivo natural.

(8) Fustel de Coulanges: “La Gaule romaine”. Pág. 169.

blo — y el mundo de la Moral. La acción humana es, ante todo, una modificación del sujeto que la produce, y, bajo ese aspecto, cae dentro de las categorías aristotélicas — en la acción o en la **cualidad**, según sea transitiva y considerada en relación con su causa, o bien inmanente — y, por consiguiente, es el objeto de la Ontología y de la Metafísica psicológica. Pero el hombre es el único ser de la creación visible que es dueño de sus actos, que es capaz de determinarse a sí mismo, (9) y así, considerada como productos de un ser libre, la acción humana es objeto formal de la **Ética**. Ontología, Metafísica psicológica y **Ética** han, pues, de proporcionar sus principios fundamentales a cuyo tenor el historiador analice los hechos, defina y manifieste su entidad constitutiva, sus causas, sus objetivos determinantes; juzgue y aquilate su valor moral así como el de los personajes, países, épocas y demás factores en ellos intervenidos.

Todo historiador que no se contente con usurpar el nombre de tal no puede, por ningún motivo, prescindir de las luces que le es posible adquirir con la frecuentación de las tres precitadas disciplinas. Y aquí se impone una observación: Los manuales de retórica y los textos mismos de la historia enumeran, como ciencias auxiliares del historiador, la numismática, la arqueología, la geografía, etc., etc., sin dar a entender siquiera que los estudios históricos exigen además otra laya de actividades; grosera omisión en que caen por desgracia incluso autores que han trabado conocimiento con los principios escolásticos. Todo aquel bagaje de erudición sirve de guía en el trabajo precientífico del historiador, en la etapa de análisis y de investigación; pero es nulo cuando, concluido el análisis preliminar se comienza a construir la síntesis, en que consiste formalmente la ciencia. Aquí son las tres antedichas disciplinas filosóficas que se imponen. Y tan imposible es reemplazar la formación filosófica por la erudición, cuanto lo es identificar el análisis con la síntesis.

Hay aun un aporte cuya influencia es decisiva para el historiador: la Revelación. Completándole lo adquirido por las

(9) Sin excluir, evidentemente la determinación divina, trascendente a la propia determinación humana y con ella coexistente.

ciencias humanas, abriéndole nuevos e inmensos campos a su inteligencia que con las solas fuerzas de esta facultad jamás habría podido vislumbrar, esta Luz de lo alto ha de serle por fuerza un auxiliar precioso cuando quiera penetrar en los móviles de las acciones humanas, las repercusiones que ellas pudieran de inmediato o para futuros lejanos para la marcha de los pueblos. Porque no es la actividad del puro animal racional lo que estudia la Historia; son los pensamientos y acciones del hombre sobrenaturalizado por Dios en el momento mismo de la Creación, caído por la culpa original y rescatado por los méritos de la Pasión de Cristo que, sacándolo de la servidumbre del pecado, lo ha mantenido, no obstante, sensible a los asaltos de la concupiscencia. *Il n'y a donc qu'une science véritable et complete, capable d'exister comme telle in gradu scientiæ practicæ, de la conduite humaine; c'est celle qui tient compte a la fois de l'essence et de l'etat, de l'ordre naturel et de la grace. Les grandes morales ignorantes de la grace, si riches qu'elles puissent être des vérités partielles, son des morales inévitablement déficientes.* (10). A la luz de la Revelación, la vida humana se enriquece; cobra nuevos aspectos; se torna más compleja, trascendente; aparecen relaciones insospechadas de causalidad que de otro modo habrían permanecido en la sombra. Y para completar la armonía, aparece cerniéndose bienhechora por encima de toda la Creación, la Providencia divina, que cuida amorosamente de sus imágenes vivientes, que de los males saca siempre bienes, que encauza las virtudes y los vicios de los hombres para formar con todo una inmensa y majestuosa corriente, que se dirige lenta, continua e indefectiblemente hacia la meta por Ella dispuesta y señalada desde toda eternidad.

La Revelación que despliega ante los ojos del historiador campos en que se avanza y se avanza sin agotar jamás sus posibilidades, que le ayuda a desentrañar relaciones recónditas entre los acontecimientos, que completa su material de informaciones, deja sobre todo sentir su acción cuando el historiador asume su misión de juez. El sabio deja entonces el mundo de la Metafísica en que se ha mantenido mientras duraba su

(10) J. Maritain: "De la Philosophie Chrétienne". Pág. 106.

labor de investigación y de síntesis, y entra en el mundo de la Moral, de la libre determinación apetitiva, de la acción humana considerada en su precisa condición de humana. Y aquí se entrelazan más que en parte alguna el discurso humano y la Revelación; **nous sommes précisément en face d'un objet qui présente lui-meme la distinction entre nature et état, d'un objet naturel par son essence, mais don l'état n'est pas purement naturel et dépend de l'ordre surnaturel.** (11). La naturaleza humana, la vida sobrenatural, el bien y el mal moral, el fin del hombre son elementos que integran, a títulos diversos, la Filosofía moral adecuada y que, perteneciendo algunos al orden de la naturaleza y otros al de la gracia, crean a la moral humana en concreto un estado complejo, esencialmente natural pero influído por lo sobrenatural. Este apoyo gratuito que la Sabiduría divina brinda a la sabiduría humana para aligerarla de sus trabajos y completar su obra es lo que constituye en propio la posición especial del historiador escolástico-cristiano. Las conclusiones a que llega un moralista ilustrado por la Revelación son esencialmente diversas de aquellas con que se encuentra el que se ve entregado a las solas luces de la razón. Ahora bien, esas conclusiones son, en uno y otro caso, **punto de partida** de la Historia. Es, pues, una diversidad radical, de puntos de vista lo que media entre el historiador racionalista y el escolástico, que ha de traer como "consecuencia forzosa" — siempre que se observe la lógica — una diversidad material de apreciaciones. En el principio **formalmente** considerado, no en su mera **aplicación material** donde hay que buscar y encontrar la diferencia entre historia e historia. Por ignorar estas elementales distinciones hay quienes consideran católico un historiador porque alaba a San Luis o a María Tudor y **ateo** a otro que truene contra la Inquisición, sin averiguar **en virtud de qué principios** vituperan o alaban. Es el materialismo que flota en el ambiente y que inficiona siempre a los intelectuales que, poseyendo la Fe, no se inmunizan en el orden científico con el antídoto eficaz del tomismo que es la filosofía de la forma — **formalissime loquitur Divus Thomas** — y de la perfección.

(11) J. Maritain: "De la Philosophie Chrétienne". Pág. 70

Analista e investigador, la erudición aporta materiales al historiador; pero la metafísica y la psicología, perfeccionadas por la revelación le brindan normas directivas en su misma labor de análisis, principios ordenadores en su trabajo de síntesis, y, unidas a la ética, fundamento para dar sentencias de juez imparcial y atinado.

¿Se han realizado en la Historia los deseos de León XIII? En otras palabras, ¿se ha verificado, no con perfección definitiva imposible de alcanzar, sino en grado a lo menos apreciable, la **información** de la Historia por Santo Tomás? Seamos francos en responder: la labor, sean cuales fueren las causas, ha avanzado poquísimos; apenas se halla en pañales.

El criterio justo y sereno, la imparcialidad en las apreciaciones, no son cualidades que abunden por doquiera ni fáciles de alcanzar y mantener. El amor patrio que en todo hombre normal se halla arraigado en lo más hondo de su ser, como el amor a la familia, puede erigirse en obstáculo formidable frente a las dos cualidades antedichas si no se le regula mediante una poderosa disciplina espiritual. El patriotismo que no es sino la virtud de la caridad aplicada a la patria, debe residir en la voluntad, desde donde puede redundar en la sensibilidad sin jamás establecerse en ésta. Ahora, cuando la intensidad misma del afecto espiritual lo lleva a repercutir en el apetito sensitivo, puede éste desquiciarse y romper la armonía humana, por cuyo motivo la voluntad debe recurrir a toda su energía a fin de mantener su imperio y la unión operativa de las facultades. Lo cual supone una ilustración acertada de parte de la inteligencia. Y ¿Son abundantes ahora las voluntades enérgicas? ¿las inteligencias luminosas? La crisis actual, que, como dice Maritain, es, ante todo, mal de **inteligencia**, nos hace ver el mundo invadido de tinieblas. (12). La inteligencia anda a tientas; la voluntad, vacilante y dominada brutalmente por la sensibilidad, y de aquí los historiadores que producen apologías o diatribas, radicalmente incapaces de la historia analítico-sintética que preconizaba Fustel de Coulanges.

Otras veces no es el amor patrio, son las banderas partidistas, los doctrinarismos — no, doctrinas — lo que sirve de

(12) J. Maritain: "Le Docteur Angélique". Pág. 86.

escape a los deseos de la voluntad esclavizada por los impulsos de la sensibilidad. De allí las interpretaciones tendenciosas de los testimonios, las grandes mentiras históricas: los insultos y vituperios al obscurantismo de la Edad Media, v. gr. para lo cual se ha debido prescindir de la Suma Teológica, la Divina Comedia, las Siete Partidas, el Arte ojival; la Leyenda negra sobre la obra colonial de España en América, apoyada en las mentiras absurdas de un fraile iluso aunque bien intencionado; el mito de la democracia atribuída a las doctrinas de una revolución hecha por tipos de lo más mediocre que ha producido especie humana, negando la verdad que proclama a voz en cuello como democracia auténtica la que arranca de los inmortales Concilios de Toledo, allá por los siglos VI y VII; el acervo inmenso de mentiras acumuladas sobre la Inquisición española y el más grande de los monarcas de la edad moderna, que con su rigor saludable dieron el espectáculo de una España dominadora del mundo cuando las demás naciones europeas se revolcaban en charcos de sangre y de ignominia; el análisis, miserable y escuálido, de las causas que acarrearón la independencia de las naciones hispano-americanas. Pero... ¿a qué seguir? Mejor es pasar a señalar a propósito de ésto un detalle, indicio de todo un lamentable estado de ánimo.

No sólo entre los que envilecen y desfigurán el amor patrio, sino aun entre los que andan cegados por doctrinarismos baratos, se encuentran católicos revueltos con racionalistas o agnósticos. Y, cosa muy curiosa, hay coincidencia cabal entre los historiadores adscritos a cada uno de aquellos bandos no sólo en cuanto al hecho mismo de mostrar parcialidad, si no en cuanto al objeto de la parcialidad, llevando numerosas veces el panderó los racionalistas y agnósticos. A guisa de ejemplo mencionaremos el hecho de cierto texto de historia escrito por católico en que la única razón invocada para reprobar la expulsión de los moriscos de España era la de haberse perjudicado con aquella medida la agricultura española, sin decir una palabra de lo que ganó la nación en unidad — y, por consiguiente, en vitalidad — al librarse de trecientos mil individuos que alimentaban siempre la esperanza de traer a sus hermanos del otro lado del estrecho para restablecer el dominio musulmán; como si las coles y el maíz fueran más importantes

para una nación que su unidad espiritual de religión y cultura: **Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo, quod procedit de ore Dei.** (13). ¿Paradojas? Sí, en apariencias. En la realidad, la cosa más natural del mundo.

Es el resultado de haberse perdido el contacto con las nociones fundamentales de la Ontología. Escribiendo el Emmo. Cardenal Mercier a los Sacerdotes de su Diócesis de Malinas acerca de la enseñanza del dogma de la Encarnación les dirige estas magistrales reflexiones: **Siempre, con el pretexto de ponerse al alcance de los más simples, se llega a vaciar de su Substancia la creencia cristiana y no se cae en la cuenta de que, por falta de alimento para su fe, los fieles languidecen de inanición y sucumben a menudo a la indiferencia. Hasta la terminología de los dogmas esenciales se desvanece. Los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación, de la Eucaristía, ¿no requieren que los fieles perciban las nociones de naturaleza, persona, substancia y transubstanciación? Si retrocedéis ante la explicación de estas nociones, ¿a qué se reduce, en verdad, nuestra enseñanza cristiana?** (14). Estas palabras del insigne Arzobispo de Malinas, sin referirse explícitamente a nuestro caso, plantean un problema de índole universal en el cual halla su sitio apropiado el ejemplo que aducíamos: la necesidad de explicar los dogmas mediante el aparato científico de las nociones metafísicas, o sea, construir la base racional del acto de fe. El intelectual católico, que, siendo sincera y prácticamente católico, no se pone en contacto directo o por medio de intérpretes genuinos con Santo Tomás, permanece expuesto a caer en las más groseras aberraciones y a sembrarlas como semillas de males irremediables, de palabra o por escritos, en el corazón de sus semejantes.

De aquí la urgente necesidad de que los católicos dedicados a las investigaciones históricas ajusten su labor a la mente de Santo Tomás. Los primeros pasos están dados; sólo resta ahora que el esfuerzo inicial no se desvanezca y se esfume por falta de continuadores. Tres obras escritas en estos últimos años son brillante demostración de que la información de la

(13) Matth. IV - 4.

(14) Cardenal Mercier: "Per crucem ad lucem". Páginas 69 y 70.

Historia por Santo Tomás es labor hacedera y fecunda; todos tres animados de un mismo propósito: penetrar hasta el principio animador de la materia investigada y luego allí desenrañar relaciones y exponer a la luz la trabazón del organismo. La prescindencia religiosa por parte de la cultura renacentista y la reincorporación de la religión a la vida social y política de los hombres en la época que va iniciándose constituye la trama de **Una nueva Edad Media** de Nicolás Berdiaeff; la igualdad de las razas y su idéntica capacidad de conversión arraigadas en el espíritu de su patria es para Ramiro de Maeztu la idea madre de su **Defensa de la Hispanidad**; el predominio del nacionalismo sobre el espíritu católico y su incapacidad de coordinarlos son el eje central de **Richelieu** de Hillaire Belloc. Berdiaeff, Belloc, Maeztu han iniciado brillantemente la construcción de la filosofía escolástica de la Historia. Las falanges que hoy se levantan deben proseguir la colosal empresa. Se trata de incorporar todo un mundo al Doctor Angélico, toda una época, la Edad Moderna y esta empresa al igual de la construcción de las grandes catedrales ojivales de la Edad Media, exige los esfuerzos de toda una generación. ¡Ojalá sea la que hoy surge, la que, encauzando sus ansias legítimas de revisión y de crítica, pueda coronar el edificio y presentar la ciencia histórica incorporada al Movimiento escolástico! Con ello, además de abrir derroteros seguros al espíritu, se realizarán los geniales deseos del hombre extraordinario que indicó al mundo moderno la única norma de salvación para la inteligencia.

«EL IMPARCIAL»

DIARIO DE LA TARDE

Las mejores informaciones.

No explota la crónica roja.

Doctor Roberto Barahona

Profesor de la Universidad
Católica

Doctor Osvaldo Sotomayer

Profesor Ayudante de la
Universidad Católica

El Problema Social de la Tuberculosis en Chile

Un tema de meditación para los católicos

El presente artículo no está hecho por especialistas en fisiología ni por técnicos en higiene social; tampoco está dirigido a los profesionales ni a hombres de ciencia, que saben de estas cosas. Hemos creído no sólo interesante, sino también útil, más aun, necesario, dirigirnos al público culto en general y en especial al católico para abrirle los ojos sobre una realidad monstruosa y callada, sobre la cual pasamos día a día inadvertidamente. Esta realidad podría sintetizarse así: Chile se muere de tuberculosis y se muere porque tiene hambre y está desnudo.

Quizás el lector, al llegar a esta altura, piense que se trata de exageraciones producidas por el apasionamiento y vea corroborado su modo de apreciar el problema en nuestra confesión abierta de no ser especialista. Pero debemos advertir que si nos hemos atrevido a ocupar la atención de los estudiosos católicos abordando el tema de la tuberculosis, lo hemos hecho porque como médicos prácticos tenemos sobradas ocasiones para apreciar en conjunto la extensión del mal y porque los especialistas chilenos ya han escrito muchas veces sobre los macabros problemas de la raza. Así, pues, quienes esto lean pueden estar tranquilos: lo que a continuación va está tomado de publicaciones médicas serias y de publicaciones oficiales; lo personal, lo propio, es lo que hemos vivido como internos de Hospital y más tarde como médicos al servicio de la Beneficencia.

Y, a propósito de nuestra experiencia, vaya un dato que será suficiente para espantar al más incrédulo las dudas sobre la autoridad de un médico no especialista. En la sala Sagrado Corazón, del Hospital del Salvador, de Santiago, sala dedicada a Medicina Interna, es decir, a la cual ingresan enfermas que no pertenecen a ninguna especialidad, llegan alrededor de

un 10 % de tuberculosos cada año; en otras palabras, a pesar de tratarse de un servicio en el que se selecciona a los pacientes, se filtran tuberculosos hasta una décima parte del total de ingresos. Quien todavía no se inmute, puede leer en Estadística Chilena de 1933, que ese año ingresaron a los servicios hospitalarios de la Beneficencia 14,600 tuberculosos; a estos habría que añadir los que se atendieron en instituciones privadas, los que lo han hecho particularmente y los numerosísimos que no han sido atendidos por nadie...

I.—La Tuberculosis en Chile

Para poder apreciar en toda su amplitud el problema social de la tuberculosis en nuestro país, es necesario conocer previamente aunque de manera aproximada el número de enfermos tuberculosos y la proporción de fallecimientos por esa enfermedad.

Sin embargo, antes de entrar a estudiar las cifras que revelan nuestro estado sanitario y social en lo que se relaciona con la tuberculosis, nos parece útil dar a conocer una estadística comparada, que nos servirá para ponernos "en el tono" con las catástrofes que desfilarán ante nuestros ojos. Entre 1923 y 1925, cuando el mundo parecía haberse librado de las consecuencias de la guerra europea, la mortalidad por tuberculosis, según estadísticas oficiales, era la siguiente:

Dinamarca	9,5	por	cada	10,000	habitantes
Estados Unidos	9,8	"	"	"	"
Inglaterra	12	"	"	"	"
Alemania	12,4	"	"	"	"
Argentina	17	"	"	"	"
Francia	18	"	"	"	"
Chile	30	"	"	"	"

Este solo dato es suficiente para demostrarnos cuán grave es en Chile el problema que nos ocupa. Sin embargo, como luego tendremos ocasión de probar, la proporción de 30 tuberculosos muertos por 10 mil habitantes no es todavía la realidad; alcanza a 50 y quizás a 60.

Primera cuestión: ¿cuántas personas mueren anualmente por tuberculosis?

La Dirección General de Estadística proporciona los siguientes datos:

Año	Fallecidos por tuberculosis
1925	9,151
1926	10,121
1927	10,477
1928	10,092
1929	10,875
1930	11,229
1931	10,851
1932	11,155

Según este cuadro, mueren en Chile cada año más o menos once mil personas por tuberculosis. Esta cifra es suficiente para colocarnos a la cabeza de las naciones civilizadas; sin embargo, dista mucho de la verdadera mortalidad. En efecto, son tantos los casos de defunciones en que la muerte es comprobada únicamente por "hombres de buena voluntad y por analfabetos", según expresión textual de la Dirección de Estadística, y es tal el horror que causa la tuberculosis en nuestro pueblo, que se ha hecho necesario controlar por otros procedimientos las cifras anotadas. Tomando como punto de partida la mortalidad total en los asegurados por la Ley 4054, en relación con los asegurados que fallecen por tuberculosis y comparando esta relación con la mortalidad total de Chile, haciendo las reducciones que corresponden a la mortalidad infantil y a los factores morbofobos y morbofilos, el doctor García Tello, en un documentado trabajo publicado en Medicina Social, llega a concluir que **la verdadera mortalidad anual por tuberculosis alcanza en Chile a la cifra fantástica de 25.826 individuos.**

Trasladando esta cantidad al cuadro en que comparábamos la mortalidad por tuberculosis de diversos países, nos resultaría que **nuestra patria tiene una mortalidad por tuberculosos, no de 30 por cada 10 mil habitantes, sino en realidad de**

60 por 10 mil habitantes, lo que “sobrepasa todo lo estatuido —comenta García Tello—pudiendo Chile llenar de espanto al mundo, cuya mortalidad por tuberculosis fluctúa entre el 8 y el 15 por diez mil de sus habitantes, como ya lo vimos”.

Segunda cuestión: ¿cuántos tuberculosos hay en Chile?

Es esta una pregunta difícil de contestar con exactitud, pues existen innumerables enfermos que ocultan su mal, o que no sufren y no consultan médico, o que viven ignorados de los establecimientos de asistencia.

El número de tuberculosos se calcula tomando como base la cifra de mortalidad. En el estudio del doctor García Tello, se cita la opinión del profesor R. D. Phillips en el Congreso Internacional de Washington de 1906, según la cual la morbilidad sería diez veces la mortalidad. De este modo, existirían en Chile 258,260 tuberculosos. Posteriormente el mismo profesor Phillips admitió que la mortalidad por tuberculosis alcanzaba sólo al 5 % de los enfermos, **de manera que tendríamos 516.520 tuberculosos en un país cuya población es de 4.500,000 habitantes.**

En otras palabras, en Chile muere un tuberculoso cada veinte minutos y de cada nueve personas, una es tuberculosa.

Podemos pensar que estas cifras son exageradas; es cierto. Pero aun cuando las castigemos con una severidad extrema, permaneceremos siempre en el terreno de la catástrofe, por la sencilla razón que el problema de la tuberculosis es entre nosotros una catástrofe.

Tercera cuestión: ¿qué consecuencias sociales acarrea a nuestra Patria la tuberculosis?

Recordemos primeramente que la tuberculosis hace de preferencia sus víctimas entre los individuos de 20 a 40 años, es decir, cuando después de haber consumido para crecer y desarrollarse, está el hombre en condiciones de comenzar a trabajar, o cuando se encuentra en pleno trabajo y ha fundado un hogar.

No podemos en verdad demostrar matemáticamente cuánto sufre la sociedad con la pérdida de tantas vidas en su período más importante; pero basta imaginar por un instante qué significa para una familia la muerte de un hijo de 20 años y qué representa también el fallecimiento de un padre a los 40 años. Y no nos referimos aquí al aspecto sentimental de la cuestión, sino aludimos el valor social de cada vida; es decir, a lo que representa cada vida, al esfuerzo que ha necesitado su educación y su desarrollo, al beneficio que se espera de ella, etc.

No olvidemos, tampoco, las consecuencias económicas que consigo trae necesariamente esta plaga social; consecuencias económicas que no sufre únicamente la familia del tuberculoso muerto, sino que, por la extensión del mal trasciende hasta el cuerpo nacional entero y llega a modificar su situación material.

Parece esto a primera vista un tanto imaginativo y desprovisto de fundamento; pero si con los datos que hemos expuesto, recortados si se desea para no incurrir en exageraciones, si con estos datos calculamos la repercusión social de la tuberculosis, nos encontraremos ante cifras insospechadas.

Hemos visto que la mortalidad anual por tuberculosis alcanza a 25,826 individuos. Supongamos que de éstos sólo 20.000 fueran adultos en situación de trabajar y tratemos de avaluar en dinero sus existencias, para calcular así el capital que pierde la nación por este capítulo. Creemos que un buen término medio (o sea, aceptado por todos los que conozcan algo de cuestiones económicas) alcanzaría a \$ 20,000 por individuo; es decir, considerando sólo el valor material que representa un hombre en la sociedad, podemos aceptar en veinte mil resos su vida, lo que no es mucho. Así planteadas las cosas, **los veinte mil adultos muertos por tuberculosis al año, significarán una pérdida de capital de cuatrocientos millones de pesos.**

El doctor Salvador Allende, en un estudio publicado en la citada revista "Medicina Social", estudio del que he tomado muchos de los datos de este trabajo, calcula también de manera semejante la producción nacional que anualmente no se realiza por causa de la tuberculosis y llega a conclusiones verdaderamente pasmosas. Si suponemos, en efecto, que el

trabajo de una persona equivale a dos pesos diarios y que, en vez de quinientos mil tuberculosos, hay sólo doscientos mil que no pueden trabajar, la producción del país habrá dejado de realizar riqueza por valor de \$ 120.000,000.

A estas cifras, que son objetables porque se refieren a lo que debió haber pasado y no pasó, hay que agregar las que provienen por gastos de medicamentos, médicos, regímenes alimenticios, sanatorios, funerales. Podemos formarnos una idea de cuánto representan tales gastos, estudiando lo que nos dice el Seguro Obrero. Los datos publicados por la Caja de Seguro revelan que, hasta 1932, habían muerto 33,780 asegurados, de los cuales 11,259 fallecieron de tuberculosis; pues bien en estos once mil muertos, se gastaron 39 y medio millones de pesos. Sólo en 1932 fallecieron 8,669 asegurados y de ellos 2,889 por tuberculosis; éstos últimos consumieron 10 millones de pesos, mientras los 700 mil asegurados restantes, gastaron sólo 20 a 25 millones de pesos.

En síntesis, repetimos una vez más, los números que hemos dado y los cálculos que alrededor de ellos hemos hecho, pueden disminuirse cuanto se desee y siempre se nos aparecerá porfiadamente una terrible visión: Chile se muere de tuberculosis. Esta verdad espantosa nos sirvió para entrar en materia; creemos que ha quedado demostrada... Pero nosotros agregamos: se muere porque tiene hambre y está desnudo. He aquí la nueva y triste tarea que emprenderemos: probar que el pueblo chileno vive en condiciones materiales incompatibles con la existencia, no ya humana, sino simplemente animal. Pero antes de ahondar esta desgraciada realidad dejaremos establecido el nexo que une la tuberculosis con la situación alimenticia, ambiental, etc., de la familia y trataremos de explicar con sencillez y claridad las especiales características de la tuberculosis que hacen de ella una enfermedad infecciosa primero y de la nutrición después.

II.—Condiciones de la infección tuberculosa

Es conveniente saber que los tuberculosos llegan a ser tales por diversas vías. Hay que distinguir, a este respecto, lo que ocurre en el niño y lo que pasa en el adulto.

Cuando un niño o, lo que es raro en los países civilizados, un adulto virgen de infección tuberculosa, recibe una dosis de bacilos de Koch determinada, se desencadena una enfermedad aguda y rápidamente mortal. Normalmente, los niños van recibiendo, a medida que el desarrollo los pone en contacto con el ambiente, pequeñas cantidades de bacilos, que llegan a sus organismos vírgenes por el aire o por la leche u otras vías menos corrientes; estas pequeñas dosis, a partir de cierta edad, originan un estado de infección tuberculosa que no es enfermedad y que permiten al organismo defenderse contra nuevas infecciones. En el adulto que ha sido criado y alimentado normalmente desde su infancia, siempre existe un foco tuberculoso vencido, enquistado y calcificado, lo que representa el testimonio de la infección adquirida en la niñez y que es al mismo tiempo el mantenedor del estado llamado de "alergia", por el cual el organismo se opone a la entrada de nuevas infecciones tuberculosas; este foco primario es, si así pudiera decirse, el estimulante continuo de la defensa antituberculosa.

Esta defensa asegurada por el foco tuberculoso primario no es de ningún modo invencible. Está condicionada por los medios generales de defensa de que dispone todo organismo; es decir, depende de la salud de los diversos órganos y de las circunstancias del ambiente que rodea al individuo. Así, existen enfermedades que poseen propiedades llamadas anergizantes, o sea, que destruyen la alergia o inmunidad para la tuberculosis. Una de estas es la fiebre denominada alfombrilla; después de ella, los organismos sufren una gran disminución de la inmunidad antituberculosa y están entonces considerablemente expuestos a que el foco que abrigan latente, entre en actividad o que una infección de bacilos que en otras ocasiones habría sido fácilmente apagada, llegue ahora a causar una enfermedad tuberculosa.

También condicionan de manera estrecha la defensa antituberculosa las condiciones del ambiente. Un organismo mal alimentado, o sometido a trabajo superior al que puede fisiológicamente proporcionar; un organismo que no está convenientemente protegido contra el frío, o que recibe escasa luz; un organismo cuyo sistema nervioso no dispone del reposo

diario que necesariamente requiere, está al borde de la tuberculosis, pues todo aquello que va contra el correcto funcionamiento de la máquina orgánica tiene lógica y fatalmente que comprometer el mecanismo general uno de cuyos resortes más delicados es la defensa frente a las infecciones. Debilitado el poder anti-infeccioso, es fácil que un proceso cualquiera, una vulgar grippe, desencadene luego el estallido del mal que se ha ido incubando poco a poco.

Fuera de las condiciones analizadas, tiene también alguna ingerencia en el desarrollo de la tuberculosis del adulto la infección repetida de dosis grandes de bacilos; en estos casos, la defensa que normalmente existe, termina por agotarse y el organismo termina por ser tuberculoso.

En resumen: en el niño, la tuberculosis es el resultado de una infección y, por lo general, termina con la muerte a breve plazo; si la infección se hace cuando el sistema linfático está desarrollado y las dosis son pequeñas, se produce un foco que es vencido por el organismo y que mantiene durante toda la vida la defensa anti-tuberculosa; este estado de alergia puede ser debilitado y aniquilado por otras enfermedades que ataquen al organismo, por condiciones defectuosas de ambiente o por infección masiva de bacilos de Koch.

Estas nociones, que significan sólo una vulgarización de los actuales conocimientos sobre la materia, nos hacen comprender por qué la tuberculosis es una enfermedad de carácter social y no individual, como por ejemplo la escarlatina. En efecto, un niño tendrá grandes probabilidades de ser enfermo si en su hogar (factor social familiar) hay algún tuberculoso; un adulto estará en peligro si no se alimenta de acuerdo con el trabajo que realiza, etc. Hay, en consecuencia, una serie de:

Condiciones sociales que favorecen el desarrollo de la tuberculosis:

Las aglomeraciones.—La generación de tuberculosis en las aglomeraciones sociales aparece evidente observando la siguiente estadística:

Provincia	Población	Mortalidad total	Tasa
Santiago	1.056,850	3.300	314,1 por 100 mil.
Concepción	336,685	950	282,2 „ „ „
Aysen	10,629	17	159,9 „ „ „
Valdivia	228,484	400	175,1 „ „ „
Colchagua	312,748	500	159,8 „ „ „
Antofagasta	124,312	350	280,4 „ „ „
Aconcagua	489,335	1,550	316,7 „ „ „

Este cuadro nos muestra con mayor claridad que un magnífico discurso que mientras mayor es la densidad de una población, también es mayor la mortalidad por tuberculosis. Así, en Santiago no sólo mueren más que en Concepción, ya que hay en la primera más habitantes que en la segunda, sino además el porcentaje es considerablemente superior. Este fenómeno se explica con toda facilidad si tenemos presente lo que ya hemos dicho más arriba: que la tuberculosis es una enfermedad que refleja el estado social de una región. Las provincias de gran densidad, con ciudades muy pobladas, tienen un déficit de vitalidad, porque en ellas hay una concurrencia exagerada de solicitantes de trabajo y, la tan alabada ley de la oferta y la demanda, trae una baja de salarios o una alimentación deficiente o una habitación obscura o mal ventilada, etc.

La vida familiar.—Un grupo de individuos que hacen vida en común, en relación estrecha entre sí, representa un factor importante en la producción de tuberculosis. Una encuesta ya antigua nos muestra que el 28 % de los tuberculosos vienen de padres tuberculosos; en esta encuesta no están considerados los tuberculosos ocultos, que seguramente subirían de manera apreciable la cifra anotada.

Otra estadística revela que los hijos de familia en que uno o ambos padres son tuberculosos, tienen una morbilidad

de 55,4 %; en cambio, la morbilidad de los hijos de familias sanas alcanzan sólo a 25,1 %.

Como en la vida familiar, es la madre la que vive de preferencia en el hogar, es también ella la que causa al ser tuberculosa el mayor porcentaje de tuberculosos: de 124 niños tuberculosos estudiados en una encuesta, fueron contagiados por su madre 95 y sólo 20 debían su enfermedad al padre.

Un tercer hecho relacionado con la vida familiar es la rareza de contagio entre los cónyuges, lo que se explica por las condiciones de defensa de que dispone el adulto.

El contagio familiar se ejerce, en síntesis, casi exclusivamente sobre los hijos.

La vida escolar.—La escuela representa para el niño un segundo hogar, en el que vive los delicados años del crecimiento y de la pubertad, años durante los cuales las defensas son débiles y durante los cuales se contraen inevitablemente el sarampión, la varicela y la tos convulsiva, enfermedades anergizantes por excelencia.

Estos sólo hechos serían suficientes para hacernos comprender cuánta atención debemos dedicar a la vida escolar en Chile; pero hay entre nosotros, dos nuevos factores que agravan considerablemente el problema, de suyo grave y difícil. Uno se refiere a los locales en que funcionan las escuelas chilenas: en su mayoría son húmedos, mal ventilados, fríos, oscuros; en estos locales tan propicios para desarrollar la tuberculosis se aglomeran los niños en la edad más receptiva y sensible a la enfermedad. El segundo factor se refiere al hecho poco divulgado de la existencia de un alto porcentaje de tuberculosos entre los maestros primarios, lo que pone a los pequeños escolares chilenos en condiciones óptimas para ser tuberculosos.

Mucho se ha vociferado contra los maestros primarios porque son comunistas, porque corrompen el alma del niño, etc., pero pocos se han preocupado de mirar de cerca a este hombre que es el maestro primario. Es comprensible y lógico por añadidura que un individuo se transforme en enemigo del Estado, cuando ve que por servir al Estado termina tuberculoso.

La vida militar.—Durante el servicio militar obligatorio es frecuente que enfermen de tuberculosis buen número de

ciudadanos, si no se ha procedido al examen médico preventivo. Es esto perfectamente explicable si recordamos que concurren a los cuarteles jóvenes que, en su gran mayoría, provienen de los campos y regiones lejanas de las ciudades; muchos de ellos son organismos vírgenes en absoluto de infección tuberculosa y presentan, por esta circunstancia, una receptividad tan grande como el niño recién nacido.

Por otra parte, para nadie es un misterio que las condiciones de la vida de cuartel son altamente antihigiénicas, aunque otra cosa crean los jefes del Ejército; la alimentación es insuficiente en relación con el trabajo ridículamente exagerado que se impone a los reclutas; el trabajo se extiende por igual a todos, aunque los organismos sean de muy distinta textura; los locales son estrechos; y el reposo, por falta de organización y por ignorancia, es prácticamente nulo.

La vida de ciudad y la industrialización.—Ya hemos visto en una estadística cómo las aglomeraciones favorecen el desarrollo de la tuberculosis; este concepto se aplica íntegramente a la vida de ciudad, por esa misma razón y por el hecho de proporcionar al individuo condiciones higiénicas poco apropiadas. La Industrialización va también ligada al proceso y ello se comprende por la aglomeración que produce especialmente en las habitaciones de la clase obrera y por la defectuosa ventilación en que se vive.

Quién quiera formarse una idea de la influencia de la industrialización sobre la tuberculosis, compare la tasa de mortalidad del cuadro citado más arriba entre Antofagasta, región industrial, y Colchagua, región agrícola; a pesar de su población casi tres veces mayor, Colchagua tiene una tasa de mortalidad muy inferior a la de Antofagasta por la razón antedicha.

La vida profesional.—Como fácilmente se comprende, las diversas condiciones en que se desarrolla el trabajo en las distintas profesiones u oficios, influyen también de manera diferente sobre cada tipo profesional.

En líneas generales, la tuberculosis es frecuente mientras menos higiénicas sean las condiciones del trabajo; por esta razón los porcentajes de tuberculosis son muy diferentes en las diversas profesiones. Un estudio realizado por el Dr. Ar-

mando Sáez y publicado en el Boletín de la Cátedra de Tisiología, demuestra que en la encuesta practicada en enfermos asegurados, el mayor porcentaje de tuberculosos (14 %) lo proporcionaron las costureras; siguieron luego los empleados domésticos (8 %), los zapateros (7 %), los que trabajan con el fierro: mecánicos, herreros, cerrajeros, etc... Se explica el alto porcentaje de las costureras si recordamos que su trabajo se efectúa en posición sentada, generalmente muy encorvada, en ambientes poco aireados, durante ocho, diez y aun doce horas diarias.

III.—Condiciones sociales de Chile que favorecen la tuberculosis

Las páginas que anteceden nos hablan sobre las circunstancias generales que permiten que un individuo llegue a ser tuberculoso. Circunscribiendo ahora a lo que ocurre en Chile, se nos presentará seguramente una pregunta: ¿por qué, si estas circunstancias condicionan la aparición de la tuberculosis en cualquier país civilizado, Chile ofrece el espectáculo aterrador que hemos visto en la primera parte? En otros términos ¿cómo se realiza la vida social en nuestra patria? ¿qué tumor social permite que ocurra lo que estamos viendo?

Ya hemos dado respuesta a estas cuestiones, cuando enunciamos al comienzo el problema de la tuberculosis en Chile. Entonces dijimos: "Chile se muere de tuberculosis; y se muere porque tiene hambre y está desnudo".

Una mirada rápida al panorama nacional nos demostrará que, por desgracia, no estamos equivocados.

1.—Salarios

El estudio de los salarios tiene para nuestro tema la mayor importancia. En efecto, más del 70 % de la población chilena, casi las tres cuartas partes, vive del salario. Por otro lado, como bien expresa el Dr. S. Allende, "a mayor salario, mejor standard de vida, es decir, mejor alimentación, mejor vestuario; en síntesis, mejores condiciones generales que influyen considerablemente creando una mayor defensa bioló-

gica y determinando condiciones de alergia. Estas son verdades axiomáticas aceptadas desde hace años y aceptadas oficialmente por la Liga de las Naciones”.

Hay, pues, una estrecha relación entre el salario y la tuberculosis. Baste para demostrar hasta dónde llega este nexo, saber que en Hamburgo la mortalidad ha sido de 1,2 por mil en las familias cuya renta era superior a 4,000 marcos y ha subido a 4,8 en las familias que poseía una renta de 1,200 marcos.

Ahora bien, ¿cuáles son las condiciones del salario en Chile?

Es difícil responder con exactitud matemática; sin embargo, los estudios realizados por diversas personas especializadas, siguiendo vías diferentes, concuerdan en un hecho: nuestros salarios son bajos, nuestras clases populares se encuentran en la miseria.

Con pocas cifras nos convenceremos...

En un artículo publicado en “La Unión” de Valparaíso el 14 de Junio de este año y reproducido en el número 15 del periódico “Falange”, órgano de la Liga Social de Chile, el señor Adolfo Ibáñez compara los estudios hechos por el señor José María Cifuentes, el señor Osvaldo Galecio y el señor Raúl Simón sobre la renta nacional. De estos tres estudios, realizados siguiendo métodos diferentes y sometidos a una severa crítica, resulta que en Chile cada habitante recibe anualmente una suma de más o menos mil pesos, o sea, alrededor de tres pesos diarios. “Es una triste verdad — comenta el señor Ibáñez — somos casi un país de indigentes. ¿Cuándo lo entenderán nuestros hombres de Gobierno y, en general, los que ocupan los puestos directivos, particulares y oficiales de la nación?”.

En la Cámara de Diputados, el señor Ricardo Boizard ha pronunciado un notable discurso. En él leemos:

“He realizado largos cálculos sobre nuestra renta nacional, llegando a la conclusión que la riqueza está repartida entre nosotros en la siguiente forma:

“Los empleados públicos tienen una renta media de \$ 8.000 al año.

“Los jubilados tienen una renta media de \$ 5.400 al año.

“Los empleados particulares tienen una renta media de \$ 4.500 al año.

“Los obreros tienen una renta de no más de \$ 1.500 al año.

“Los patrones y profesionales tienen una renta total al año de \$ 6.700.

“Cada una de estas cifras resulta de cálculos que pongo desde luego a la disposición de mis honorables colegas, con todas las explicaciones del caso.

“Para que se pueda apreciar más o menos aproximadamente la situación de desproporción que significan estos datos, debo decir que **mientras hay la suma de 600 millones de pesos para pagar a 70 mil empleados públicos, hay sólo el doble para pagar 900 mil obreros**”.

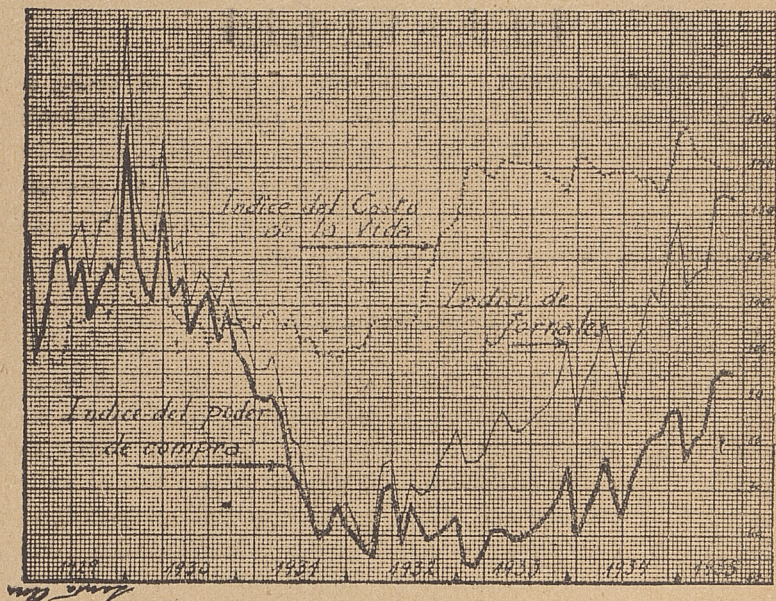
No puede, pues, extrañar la situación horrorosa en que se encuentra el proletariado chileno desde el punto de vista sanitario y, en especial en lo que se refiere a la tuberculosis. Las cifras que acabamos de anotar, todas ellas de insospechable veracidad, tocan la llaga de nuestro problema social; la tuberculosis es sólo un síntoma revelador; el mal es más hondo...

2.—Costo de la vida y poder de compra

El estudio de las cifras de salarios no nos permite conocer la verdadera situación de un país; es necesario compararlas con el costo de la vida, porque puede ocurrir que existan salarios muy altos que coincidan con costos de vida exorbitantes y los hagan tan insuficientes como los salarios bajos en un país cuyo costo de vida sea moderado. El asunto es particularmente interesante en Chile, ya que, desde 1931, la moneda se ha depreciado considerablemente y los artículos de primera necesidad han experimentado un alza nunca vista.

Hay que reconocer que el índice de jornales del primer semestre de 1935 es igual al de 1929 (125), pero hay que agregar también que el costo de la vida es un 36 % más cara que en 1929; por otra parte, el índice de poder de compra, que se obtiene dividiendo el índice de jornales por el índice de costo de la vida, es un 26 % inferior al de 1929. A este respecto,

más elocuente que un discurso erudito es el gráfico que insertamos, confeccionado con los datos de la Dirección General de Estadística.



Las oscilaciones del costo de vida y de los salarios, que observamos en el gráfico, repercuten dolorosamente sobre el país sembrando el hambre y la muerte, favoreciendo el estallido de epidemias agudas, manteniendo el estado de desnutrición y determinando, en último término, las condiciones más propicias para la vaya prendiendo poco a poco con más fuerza la tuberculosis en las clases trabajadoras; así lo prueba con evidencia la siguiente serie de cifras comparadas y comentadas por el Dr. Schnake:

AÑO	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	1921	1922	1923	1924	1925
INDICE DE COSTO DE VIDA	100		120		118		143		173			186	
TASA DE MORTALIDAD POR MIL	31	30	27	27	8,29	29	37	30	30	30	33	28	27

AÑO:	1926	1927	1928	1929	1930	1931	1932	1934
INDICE COSTO	198		198		198		207	202
TASA MORTALIDAD	27	26	24	25	24	28	28	

“Llama la atención — dice este médico — el hecho de presentar la curva de mortalidad dos alzas correspondientes a los años 23 y 29 coincidentes con la elevación de la curva del costo de la vida, y en seguida, vemos una curva de mortalidad descendente que coincide con un costo estable, que seguramente ha de alzarse en los años 32 y 34.

3.—Alimentación

Aun cuando este estudio es sólo de vulgarización y se refiere al problema social de la tuberculosis, es indispensable dar algunas nociones de alimentación normal, para tener un punto de comparación con lo que sucede en la realidad chilena. Quien desee conocer más a fondo el problema alimenticio del pueblo en Chile, puede consultar los trabajos de los doctores Jorge Mardones y Julio Santa María publicados en la “Revista de Medicina y Alimentación”, en “Estudios” (Nums. 31 y 32) y en “Falange”.

El hombre necesita alimentarse para tener materiales que se consuman durante el trabajo y para reponer las constantes pérdidas de tejidos. En consecuencia, es indispensable un mínimo de alimentación, que se mide en calorías, para el primer fin, y un mínimo de sustancias proteicas o nitrogenadas, para el segundo; además de éstos, se requieren vitaminas, sales, etc...

Se calcula y acepta por todos que la alimentación debe proporcionar, supuesto un reposo diario de 8 horas en el lecho, un aporte de calorías según el trabajo realizado, de:

2,300 cal. para el trabajo moderado.

3,500 cal. para el trabajo mediano.

5,000 cal. para el trabajo intenso.

Preguntémonos, ahora, cuáles son las condiciones de ración calórica diaria del pueblo.

Todos los que han estudiado de cerca nuestro problema alimenticio, Dr. Luis Calvo Mackenna, decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica, Profesores Debré y Oisen de la Organización de Higiene de la Liga de las Naciones, Dr. Long, higienista de fama mundial, Profesor Dragoni de la Liga de las Naciones, todos unánimemente declaran que nuestro pueblo está alimentado deficientemente; es decir, que no recibe la cantidad de calorías que gasta al día, lo que en otras palabras significa que debe consumirse a sí mismo.

Las cifras calculadas en las encuestas de los doctores Cruz Coke y Santa María son demasiado altas en relación con lo que ocurre en la gran masa popular, lo que se explica dada la clase relativamente excepcional de personas utilizadas en dichas encuestas. Sin embargo, el Departamento de Higiene de la Nutrición de la Dirección de Sanidad encontró que, entre los obreros de Santiago, había algunos menos con sólo 1,100 a 1,350 calorías por persona y con un término medio de 2,000 calorías diarias.

Nuestro pueblo está, pues, en alimentación inferior al mínimo fisiológico, se encuentra hiponutrido, lo que equivale a decir: condenado a muerte: "El hiponutrido — escribe el Profesor Augusto Pi-Suñer, de Barcelona — aunque no siente dolor está enfermo; aunque le late el pulso, está difunto; aquel hombre ha muerto por dosis, habrá tenido constantemente muerta una parte de su ser y su vida habrá revestido, en mayor o menor grado, todos los caracteres de la agonía".

Se dice constantemente que la deficiente alimentación del pueblo se debe al desorden que él muestra en sus gastos; que no come porque malgasta su dinero en el vino y en el juego. Esto es cierto, pero sólo en parte. Si, en efecto, calculamos, como ha hecho con gran cuidado y precisión el Dr. Santa María, el valor de una dieta racional con el salario habitual entre los obreros, nos encontraremos con que, beba o no beba, juegue o no juegue el pueblo no gana para comer; y si gana para comer, no gana para vestirse.

Y véase en seguida que no elucubramos en el aire.

En el Congreso de Higiene Pública, realizado en Viña del Mar a comienzos del presente año, dijo uno de los médicos relatores: "Hemos calculado el costo de una ración para un

obrero de 70 kilos que realice un trabajo medio, requiriendo unas 3,200 calorías con unos 100 gramos de proteínas al día. Un primer cálculo hecho a base de precios al por mayor obtenidos en Valparaíso en Enero de este año, nos da un costo mínimo de \$ 2.30 por ración calculado sobre un menú fisiológicamente estudiado... Siempre calculando con precios al por mayor, una familia compuesta del padre que trabaja, madre y niños de 12, 10 y 3 años, necesitaría para alimentarse suficientemente: \$ 7.82 en Valparaíso y \$ 6.30 en Santiago. Con los precios al por menor, la ración mínima para el obrero a trabajo medio llega a \$ 2.90 por día, lo que para esa misma familia antes considerada, da una necesidad diaria de \$ 8.86, aceptando las tablas fisiológicas de comparación entre las necesidades del hombre, mujer y niño”.

He aquí un hecho brutal: sólo en comer el mínimo, gastaría una familia obrera (no olvidemos que como católicos protegemos la familia) la suma de \$ 8.86 diarios. Nosotros preguntamos ¿cuántos obreros ganan ocho pesos? ¿con qué se paga el arriendo de la pocilga en que viven? ¿de dónde se sacará dinero para vestirse? ¿no tienen también derecho a divertirse siquiera una vez al mes? ¿con qué...?

4.—Vestido y habitación

La larga y quejumbrosa serie de cifras en que hemos ido anotando nuestra miseria nacional, nos dispensa de continuar en el mismo tono seguido hasta ahora. No es necesario, después de haber conocido, aunque sumariamente, la situación misérrima del pueblo chileno, traer nuevas estadísticas que nos prueben que la habitación y el vestuario obreros distan mucho de lo decente. Tenemos en nuestro poder buen número de datos tomados de las publicaciones oficiales y otros provenientes de nuestras propias búsquedas; todas ellas no hacen sino confirmar lo que podría presumirse tras la consideración del estado de los salarios. Así, por ejemplo, el Departamento de Salubridad de la Municipalidad de Santiago ha comprobado que de 891 habitaciones colectivas, 118 se hallan en buen estado, 232 regular y 541, es decir, más de la mitad, en pésimas condiciones sanitarias.

Por otra parte, basta subir a un tranvía, a ese acoplado de segunda que va como pariente pobre detrás de los grandes carros de la línea Matadero-La Palma, basta recorrer las calles de los barrios populares y observar la calidad y cantidad de vestido que llevan las clases necesitadas, para comprobar que nuestro pueblo vive casi desnudo y que se abriga con andrajos inmundos. Basta visitar un solo conventillo, institución infamante para una ciudad que se precia de civilizada y en la que se planean transformaciones que costarán millones, y se asistirá al más macabro espectáculo de miseria, de inmoralidad, de vicio.

Pues bien, ahí, en ese conventillo pestilente, húmedo y sombrío, vive nuestro pueblo; ahí vienen al mundo los hijos de nuestros trabajadores; en ese largo callejón, de cuyas paredes parece rezumar un hálito enfermizo, ensayan sus primeros pasos los pequeños obreros del futuro; ahí aprenden a convivir con la grosería y con el vicio; de ahí se llevan más tarde, junto a un alma envenenada, un cuerpo sellado por la muerte.

Y terminamos. El problema de la tuberculosis en Chile no es cuestión que resolverán los médicos ni que podrán resolver con el tiempo los laboratorios de investigación; no es tampoco de esos casos circunstanciales en que bastan medidas sanitarias draconianas para resolverlos. El problema de la tuberculosis es un problema social; es la nación la que está enferma; es el cuerpo social el afectado. Lo grave no radica en que hay muchos enfermos y en que muere un número aterrador; lo serio es que se ha llegado a esta situación por causa de condiciones económico-sociales que aun imperan y que no todos quieren reconocer. Es a nosotros, católicos, a quienes corresponde declarar con serenidad y entereza que el régimen económico-social actual es defectuoso, pues permite que un país se diezme y se siga diezmando de día en día, dentro "del orden y de la justicia"...

Chile, repetimos, se muere de tuberculosis; y se muere porque tiene hambre y está desnudo...

Ricardo Montaner Bello

Los Orígenes de la Orden Mercedaria

(Conclusión)

Los chilenos cogemos el hilo de la historia de nuestro país, tomándolo, puede decirse, por las dos extremidades del Norte y del Sur, esto es, mirando las dos expediciones de descubridores que asentaron pie en lo que es ahora el territorio nacional: Hernando de Magallanes por la parte Austral y Diego de Almagro por la Septentrional. El gran navegante pasó de largo y fué a morir en una emboscada miserable de indígenas australianos, pero dió su nombre a un paso marítimo natural que habrá de perpetuar su recuerdo hasta los últimos días del mundo. Un monumento materializa su memoria. Almagro tuvo peor suerte, porque de regreso al Perú murió decapitado por sus propios nacionales, vencido en la primera guerra civil que hubo en América. Con este capitán vinieron a Chile dos frailes mercedarios, los padres Almansa y Núñez, que no habiendo ya cautivos que redimir en España, venían a estas nuevas tierras a redimir indios cautivos del pecado y de sus errores. Esos mercedarios fueron, pues, los primeros sacerdotes que vinieron a Chile y si hemos de hablar en términos estrictamente contemporáneos, podrá decirse que fueron los decanos del clero regular.

Después de haber pasado "los mayores trabajos de hambre, fuertes fríos y sed, que hombres jamás sufrieron, dice una relación de la época, llegaron a Chile y plantaron la primera cruz, dijeron la primera misa y enseñaron a los nativos a pronunciar el nombre del verdadero Dios". Desde entonces, escribe un autor de la orden, la historia de los mercedarios en Chile está estrechamente unida a la historia de esta nación y es poco menos que imposible separarla". Esos padres se volvieron con Almagro al Perú y no tomaron parte en la expedición que cinco años más tarde emprendió Pedro de Valdivia para ocupar esos mismos territorios que llamó La Nueva Extremadura.

Acompañaron a Valdivia tres sacerdotes clérigos, de los que puede decirse también que fueron los decanos del clero secular. Uno de ellos fué el primer obispo del nuevo reino.

Con la expedición auxiliar de Esteban de Sosa, enviado por Valdivia desde el Cuzco en 1548, compuesta de ochenta buenos jinetes, vino a Santiago el padre mercedario fray Antonio Correa, que por sus grandes y dilatados servicios ha sido calificado como el primer apóstol de Chile. Ese año 48 no habían llegado todavía sacerdotes regulares de ninguna otra orden, de modo que los mercedarios fueron los primeros en dedicarse al servicio de evangelizar a los indios. Los clérigos venidos en 1541, más que párrocos eran capellanes de los soldados y la llamada ciudad de Santiago no era más que un pequeño campamento, que vivía con el arma al brazo por temor a los levantamientos.

El padre Correa empezó sus trabajos de doctrina entre los pobladores del valle del Mapocho, fijó su residencia al lado suroeste del cerro Huelén y edificó un hospicio para dar hospedaje a los pobres. Este hospicio pasó después a poder de los padres franciscanos, que construyeron en ese mismo lugar el templo hermoso y secular que hoy poseen. Después fué a predicar la fe a los caciques y reducciones de Bío-Bío y cuando fué muerto Valdivia y desbaratado Villagra en Marihueñú, salió entre los últimos de la despoblada ciudad de Concepción para venir a refugiarse en Santiago. Aquí un vecino acomodado le dió para su orden siete solares, que es el espacio de terreno que ocupa la Basílica, el convento y sus demás edificios, inclusive este mismo teatro. Después se dirigió a la Araucanía en la expedición de escarmiento de García Hurtado de Mendoza, estuvo en la fundación de varias ciudades, recorrió una y otra vez todos los territorios indígenas, ejercitando su ministerio apostólico, y en más de una ocasión atravesó la Cordillera de los Andes para administrar los sacramentos a los vecinos de Cuyo, que morían sin auxilios religiosos y se enterraban así no más los unos a los otros. Tenía realmente pasta de apóstol y merece el título que le ha dado la historia.

Junto con él y después de él la Orden de Nuestra Señora de la Merced ha permanecido en Chile en tranquila continuidad. Su labor de beneficencia, de cultura y de religiosidad

ha sido apreciada ya por el pueblo desde muy antiguos tiempos. En una información de servicios de los mercedarios de Chile levantada en 1578 para ser enviada a su Majestad, los testigos declararon que la orden "ha sido y es muy provechosa, tanto que en las ciudades y villas dellas en donde no hay casas fundadas por falta de religiosos, tienen señalado sitio y rogando muchas veces a los prelados pueblen las dichas casas de religiosos, los cuales por falta de religiosos y sacerdotes no los pueden poblar ni mueblar, y las que hay fundadas, los religiosos dellas son muy amados y queridos en todo el reino".

Otro personaje distinguido de la orden mercedaria en Chile en los primeros años de la conquista, fué el padre Antonio Rendon, que llegó al país en Octubre de 1551, en la expedición que trajo Francisco de Villagra por el lado oriental de Los Andes, que se llamó en su tiempo expedición de Yunguyo. Fray Rendon, como el padre Correa, se entregó mientras vivió en Chile a la tarea de doctrinar a los araucanos, mereciendo también como su hermano en religión, el calificativo de apóstol de Arauco.

Sería un discurso largo y monótono que yo fuese a citar aquí los nombres y hechos de los mercedarios que vinieron a Chile, no diré durante todo el tiempo de la colonia, pero ni siquiera solamente los del siglo XVI porque todos se parecen unos a otros en el sentido del apostolado que ejercieron, de las caridades que repartían y de los sacrificios que soportaron para mayor gloria del Señor y en cumplimiento de sus votos.

La orden fundada en Santiago por el Padre Correa, se extendió también a otras ciudades de la capitanía general, y surgieron las diferentes casas que fundaron en las poblaciones del Sur, en donde los conquistadores asentaban sus reales y acampaban a sus soldados.

La guerra de Arauco, sin embargo, con sus alternativas de victorias y de derrotas, impidió el establecimiento pacífico de la Orden de Nuestra Señora de la Merced en muchos puntos en que los padres quisieron fundarla: el despueblo o la ruina de las villas les hicieron imposible la realización de esta obra. La casa de Concepción, por ejemplo, tuvo que ser establecida y restablecida más de una vez y en otros lugares

fueron definitivamente arruinadas. Otro tanto aconteció a las demás órdenes religiosas.

Ese indómito pueblo araucano no hacía distinciones entre guerreros y sacerdotes, y creía con simpleza que unos y otros iban a sojuzgarlos y someterlos.

Para los mercedarios, esa guerra del Sur debió tener algún parecido, según las tradiciones de su orden, con las antiguas luchas de la península contra los moros y sarracenos: estado permanente de guerra, ataques de sorpresa, violencias de todas clases y recogidas de prisioneros, hombres y mujeres, que eran llevados a cautividad. Se inventó para estos casos la palabra **malones**, chilenuismo que da idea de la irregularidad y de la brutalidad de estos actos.

El padre Rendon en carta dirigida de Santiago al rey Felipe II a principios de 1573 se refiere a las penurias de su orden por servirlo y le dice: "Esta Religión para pasar a estas partes (de Chile), no ha sido socorrida de Vuestra Real Hacienda, ni acá nos dan cera, ni vino (de misas), ni aceite (para lámparas del Santísimo Sacramento), campanas, ornamentos, ni nos edifican las iglesias, y con ser esto así, ninguna Religión nos ha aventajado en servir a Vuestra Majestad, especialmente en esta provincia de Chile".

"En veintitres años que esta sagrada Religión en estas provincias está fundada, nos hemos ocupado en descargar la Real conciencia de Vuestra Majestad: hemos bautizado, confesado, predicado, socorrido a los pueblos que estaban, mas había de diez meses, sin sacerdote, que se les habían huído, y nosotros, por tierra de guerra y con riesgos de las vidas, hemos acudido a favorecerlos, sin querer nadie socorrerlos".

Otros mercedarios se dirigieron también al Rey para darle noticias de las cosas de esta tierra, haciéndole advertencias que hoy tendrían significación de noticias políticas. Así el padre Juan de Zamora, que había llegado a Chile en 1555, escribió al rey el año 1580 una extensa carta, en que le dice, entre otros asuntos, lo siguiente: "Por haber veinte y cinco años que estoy en el Reino de Chile y en la visita dél, y lo que toca al servicio de Dios y mi Religión, me convida a dar aviso a Vuestra Majestad de lo que en él hay, y es que los gobernadores que ha habido en este tiempo, fuera de don

García de Mendoza, ninguno ha acertado, por sus fines y pretenciones en no querer acabar la guerra: a lo que todos entendemos, parece debería Vuestra Majestad proveer de gobierno y (que) fuese hombre de esas partes, de pecho cristiano, temeroso de Dios y del Real servicio y que se pusiese por delante ser estas dos cosas, y este tal tendría más cuidado de descargar Vuestra Real conciencia, dando el premio a vuestros vasallos que lo merezcan, y no a los parientes y deudos, como lo han hecho en estas partes vuestros Gobernadores”.

No pasó mucho tiempo sin que la Orden mercedaria dejara de tener la pérdida de un religioso, y este fué el padre Antonio de Olmedo, fallecido en Valdivia en 1555, de peste viruelas, enfermedad que contrajo en el ejercicio de su apostolado. Ese año y el anterior fueron terribles para los pobladores de aquellas regiones. Primero una sequía de desierto las asoló, sobreviniendo en consecuencia un hambre tan espantosa, que al decir de una información levantada algunos años más tarde, se comían los indios unos a otros. El poeta Ercilla alude a ese flajelo en el canto noveno de la Araucana, y al final de una octava se expresa así:

Y en parricidio atroz se convirtiese
 El hermano en sentencia del hermano;
 Tal madre hubo, que al hijo muy querido,
 Al vientre lo volvió do había salido.

Después del hambre vino la peste y los indios murieron por millares: de cuarenta mil lanzas de guerra que había en Arauco, quedaron solamente catorce mil. El padre Olmedo fué una de sus víctimas y la información citada, al hablar de su muerte, le dedica estas breves palabras que encierran un profundo pensamiento: “Padeció mucho trabajo y en esta ocupación murió”.

El año 64 o 65 se separó la provincia mercedaria de Chile de la del Cuzco, y desde entonces comienza a tener vida propia e independiente de toda otra de América. Su personal aumentó, sus casas se poblaron, tuvo conventos en Santiago, Concepción, La Imperial, La Serena y Angol, y terrenos para edificar otros en Valdivia, Osorno y Villarrica, aunque no to-

dos estos pudieron aprovecharse por las contingencias de la guerra. El desarrollo y progreso de la Orden en Chile, en los cincuenta años primeros de la conquista, se debieron al celo apostólico y al esfuerzo incansable de sus hijos.

Sin tocar ni herir a otras respetables órdenes religiosas, puede afirmarse con la historia en la mano que la orden mercedaria fué la única y la primera que vino a Chile con Almagro y la primera que levantó un pequeño edificio para adoctrinar a los naturales del país, como el que construyó el padre Correa en las faldas del Huelén. Allí este religioso y sus otros dos compañeros se dedicaron por las mañanas a enseñar la doctrina del cristianismo, procurando con buenas maneras atraerse a los súbditos del belicoso cacique Michimalongo que había estado a punto de destruir la ciudad de Santiago apenas fundada. Tuvieron que pasar por días de grandes privaciones, en un país en que no había materialmente nada más que los frutos del suelo, de tal modo que sólo la fe religiosa y la esperanza puesta en el Señor, fueron capaces de inspirar y de mantener esa extraordinaria perseverancia en el sacrificio. Humanamente hablando no tiene explicación posible, por lo que se ha dicho por ahí que los frailes españoles en el nuevo mundo llevaban en una mano el catecismo y en la otra el Quijote, lo que equivale a decir que su desprendimiento y su altruismo eran tales que los ponían en los límites de la locura.

Pues bien, esas condiciones son las que han redimido el mundo, las que han hecho a los mártires, las que han esparcido por doquiera las doctrinas de nuestra religión y las que mantienen vivas y cálidas en nuestros corazones la esperanza y la confianza en la inagotable, en la infinita bondad del Señor.

Rindamos homenaje a la memoria de esos héroes hijos de San Pedro Nolasco que construyeron en Chile con sus sacrificios el monumento secular de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y los que tenemos la honra de ser miembros de ella en la modesta fila de los hermanos terceros, confiemos en que su piadosa intercesión nos habrá de proteger en nuestro último día.

Jalme Eyzaguirre

Un Gran Carácter

EL R. P. FERNANDO VIVES

Corré el año de 1908 en el pueblo español de Tortosa.

La Iglesia de los jesuítas está aquel día atestada de gentío, pero no de ese que se congrega negligente en las misas dominicales de medio día de las grandes catedrales o parroquias de barrios aristocráticos, sino de aquella muchedumbre que ha echado sobre sus espaldas todo el mandato del Génesis que impone al hombre ganar el pan con el sudor de su frente. El acto que en ese instante se celebra está a ella dedicado. El estudiante jesuíta que de lejanas tierras de América ha venido a convivir con ellos sus desventuras y alegrías, a fundir su corazón magnánimo con el rústico y sufrido del labriego tortosano, recibe hoy la ordenación sacerdotal. ¿Quién no conoce entre esos hombres de rostro bruñido, quién no ama entre esos rudos catalanes, al bondadoso, al popular Padre Vives?

Tocan las campanitas de la Iglesia; retuércense las nubes de incienso; elévanse a lo alto, por sobre los rostros abatidos, la blanca hostia y el cáliz con la sangre de Cristo; y, entremezclados con la plegaria sencilla de esas almas de niños inocentes, de mujeres abnegadas, de hombres tosudos, sube en esos momentos hasta el corazón de Dios, un voto especialísimo del nuevo religioso jesuíta, de consagración perpetua de su vida al servicio de la clase obrera.

Las campanitas ya no hablan. El incienso se ha disipado. La iglesia queda desierta. De la escena desvanecida, sólo una cosa perdura por cerca de seis lustros: la virilidad y resolución del nuevo caballero andante de la cristiandad que ante ese altar velara las armas que durante toda una vida esgrimiera en favor del prójimo desvalido, por amor a Cristo Nuestro Señor.

¿Cómo cumplió el Padre Vives este voto tan solemnemente contraído? España, Chile y la República Argentina han sido testigos del maravilloso esfuerzo desplegado por el Padre Vives durante veintisiete años en el servicio de sus ideales. Fué en el país vecino donde nuestro sacerdote, llevado de su amor a las clases indigentes, dió nacimiento a dos cooperativas de consumo, a una empresa de construcción de habitaciones baratas para obreros y fundó once biógrafos en la ciudad de Córdoba. Y fué también allí donde echó las bases de los primeros círculos de estudios sociales y dirigió con singular abnegación la Sociedad Obrera de San José y un asilo de huérfanos.

Durante su larga permanencia en España tuvo a su cargo numerosas organizaciones obreras y juveniles y, principalmente, la "Asociación española de San Rafael", destinada a proteger al emigrante, y la "Asociación Iberoamericana de jóvenes católicos". También dirigió en la Península, con verdadero éxito, numerosas excursiones sociales de juventud a Italia, Bélgica, Francia y Alemania. En calidad de representante de sociedades españolas y chilenas acudió, en seis ocasiones a las Semanas Sociales que anualmente se celebran en Francia, y en muchas de ellas formó parte de comisiones de estudio. Igualmente asistió, como mandatario de instituciones obreras peninsulares, a diversos congresos organizados por la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra.

¿Y qué decir de la acción del Padre Vives entre nosotros? A él se debe la fundación de los primeros círculos de estudios sociales en el país y del primer sindicato de choferes. A él también la organización de los sindicatos de la aguja y de empleadas que, bajo la tuición de la Liga de Damas, subsisten hasta la fecha con magnífico resultado. A él, por último, la fundación de la Liga Social, de la Liga de Acción Sacerdotal, de la Unión de Trabajadores católicos y del Grupo Vanguardia de la juventud obrera, así como también la constitución del Secretariado Económico Social de la Acción Católica, destinados todos a abogar por el conocimiento y la aplicación de las soluciones pontificias frente al problema obrero.

Cuando la juventud católica, llena de anhelos aunque desorientada en la acción, buscaba una cabeza directora, la encontró en el Padre Vives. Jamás hombre de edad madura ha sabido comprender mejor que él a una generación sedienta de ideales y dispuesta a conquistarlos a costa del sacrificio. Jamás hubo entre dirigente y dirigido una más sincera correspondencia de afectos y una unidad de miras más perfecta. Sin imponer jamás a nadie un parecer o una actitud, dejando a cada cual el libre desenvolvimiento de sus facultades y sin acudir jamás al halago para mover las voluntades, el Padre Vives supo aprovechar las dotes particulares y cultivar en los jóvenes el sentimiento de la propia personalidad a la vez que la conciencia de sus graves deberes de cristiano. Y en ese sentido impersonal, que fué el sello de toda su obra y constituye para él su mayor mérito, radica la fuerza y continuidad de la misma a pesar de los azares y contingencias del destino.

El Padre Vives era prudente en el más evangélico sentido de la palabra. Era prudente porque era cristiano, porque amaba la justicia. Muchos de sus actos a los ojos de los pusilánimes o de los "apegados en demasía a lo antiguo", según frase de Pío XI, parecieron "inoportunos". Y es que el excesivo respeto a la calidad económica o social de las personas o el temor al poder de las instituciones, les hacía valorar como "inoportuno" todo acto que pudiera lesionar sus intereses. En cambio el Padre Vives, para apreciar la mayor o menor prudencia de un acto, sólo se atenía a un punto de referencia: la gloria de Dios. Todo lo que sirviera este fin era para él prudente, aunque para ello debiera irse al sacrificio de los intereses de personas o de instituciones. Y porque el Padre Vives fué prudente a los ojos de Dios, el mundo no le contó entre los suyos.

Su resolución y entereza para arremeter al mal donde estuviera, no le llevaron, sin embargo, al ataque enconado a las personas. Suponer lo contrario equivale a ignorar todo el fondo de su ser. Porque el Padre Vives tenía un profundo sentido de la caridad que, si bien es cierto, inspiró todos sus ademanes, no siempre fué debidamente captado por los superficiales y hombres de pasión. Los mismos que se escandalizaban de su chispeante ironía, que jamás llegó a lesionar el honor o la

dignidad de nadie, cuántas veces criticaron también ácremente su indulgencia para con ciertas personas apartadas de la verdad a quienes dejó siempre abiertas las puertas del cariño. Y, sin embargo, ¡qué sentido cristiano había detrás de esa actitud suya! “No deseche jamás a nadie — me dijo más de una vez — pues siempre hay dentro de cada cual alguna hermosa veta que explotar”. Cuando así nos hablaba, recordábamos las palabras del Evangelio: “Misericordia quiero y no sacrificio. Porque los pecadores son y no los justos a quienes yo he venido a llamar” (Mateo, IX, 13). Así se explica que el Padre Vives realizara en el curso de su vida sacerdotal en España y América tan abundantes y portentosas conversiones. En él había algo más que un temperamento sagaz, astuto y combativo. En él había un sacerdote de Cristo.

El vigoroso desenvolvimiento de su vida interior guiada por la luz fecunda de la gracia, le había hecho comprender que Dios tenía para con el hombre un amor infinito, un amor que le había llevado al sacrificio de su Unigénito, un amor que no se fundaba ni en la grandeza ni en las virtudes o merecimientos de las creaturas, sino precisamente en su infinita miseria. Ese amor misericordioso que inspirara todos los actos de la Divinidad debía ser correspondido por el hombre con un amor equivalente para con el prójimo, imagen y semejanza del Altísimo. La caridad humana debía tener como modelo esa caridad que impulsó a Cristo a la inmolación de su vida. Sin esta ofrenda de toda la existencia en aras del prójimo por amor de Dios no cabía verdadera caridad.

Así pensó y así obró el Padre Vives. No contento con colaborar con el dominico español Arintero en la mejor exposición de esta notable doctrina teológica, ni con recorrer todos los países de Europa para persuadir acerca de ella a los altos dignatarios de la Iglesia, hizo de esos principios el mágico resorte de su portentosa actividad. Había jurado consagrar su vida al servicio del obrero y esa ofrenda admirable encontró el mejor apoyo, el incentivo más fuerte en la doctrina del amor misericordioso. ¿Qué podían importar al apóstol las amarguras de la obra, las incomprensiones y ataques, los fracasos del momento? Puesto todo en aras de un ideal supremo, ¡qué débiles,

qué pueriles resultaban las maquinaciones de los hombres para dar por tierra con sus generosos esfuerzos!

El Padre Vives era un jefe de verdad y como tal comprendía todo el alcance doloroso y trágico que entraña este carácter. Con Bessiere, cuya maravillosa obra tradujo al castellano e hizo suya como pocos con su vida, estaba persuadido que "para ser jefe es necesario darse todo entero, sin descorazonarse jamás; recomenzar siempre; saber que las grandes cosas comienzan por poco y crecen en la tribulación; guardar en la tempestad el optimismo y el buen humor; acordarse que la gran victoria de Cristo se afirmaba en la hora de irreparable derrota; trabajar sin descanso por la cosecha que no se verá... en fin, morir".

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

Ecós del Extranjero

Semana social de Angers

El 23 del pasado mes de Julio se efectuó en Angers la 27.^a de esas reuniones que bajo el nombre de Semanas Sociales de Francia vienen celebrándose anualmente desde hace algo más de un cuarto de Siglo con resultados halagadores y llenos de promesas. Para la que acaba de reunirse se había señalado un tema cuyo estudio es de importancia radical ya que de los puntos de vista que se adopten para contemplarlo dependerá la eficacia de cuanto se intente en vista de solucionar la trágica situación a que se halla abocado el mundo moderno: el corporativismo. No es de extrañar entonces que, a la élite del pensamiento social católico de Francia viniesen a unirse muchos obispos y delegaciones nutridas de las naciones extranjeras con el fin de aportar luces y confrontar ideas. El problema de la organización social es de índole universal, y sólo beneficios pueden desprenderse de una colaboración estrecha, leal e inteligente entre naciones que sufren postradas por el mismo azote de la desintegración individualista.

M. Eugene Duthoit, presidente de la comisión general de las Semanas Sociales pronunció la lección inaugural. La idea central de su disertación fué de que la corporación debe figurar como elemento imprescindible de la economía dirigida hasta el punto de que sin ella no puede llegarse a un verdadero orden económico social.

Las conclusiones que sintetizaron la semana son interesantísimas:

En cuanto a las funciones de la corporación se establece que ella regulariza la vida económica adaptando productos y servicios, así en cantidad como en calidad, a las necesidades del consumidor; introduce la paz, que es la **tranquilidad en el orden**, dentro de los dominios de las profesiones, y sustituye a la lucha de clases un régimen de jerarquía profesional que asegura a todos una justa representación de efectivas garantías.

Muy de manifiesto y bien delineados se dejan así mismo los contornos de la naturaleza y finalidad de la institución corporativa. Subordinada al Estado **que puede usar legítimamente de la facultad de controlarla y, si llegare el caso, de enderezar los actos de la autoridad corporativa**, la corporación permanece, no obstante, distinta de aquel; encargada de procurar el bien común dentro de los ámbitos de una profesión determinada, regulando la concurrencia mediante la de-

terminación de condiciones que la tornen beneficiosa sin suprimir, empero, la iniciativa, la emulación, la espontaneidad o la responsabilidad de cada empresa o asociado que forme parte de la corporación.

¿Cómo se debe, entonces, procurar que la corporación cumpla con los fines que le son privativos, Partiendo de que la esencia de toda sociedad reside en la autoridad, debe constituirse en la corporación un poder apto para establecer reglamentos, resolver conflictos, administrar un patrimonio, y ésto considerando siempre la diversidad de los elementos que entran a constituir una corporación, a fin de que se vaya variando la organización corporativa de acuerdo con la índole de cada una de las profesiones. Dos puntos deben tomarse muy en cuenta: que la corporación no sea un sistema cerrado sino dispuesto para las relaciones interprofesionales y que predomine en ella un profundo espíritu de justicia y de caridad; en una atmósfera de neutralidad moral, de materialismo práctico, la institución corporativa no puede sino extraviarse y agravar de esta manera el actual desorden.

Todas estas cosas son de aquellas que no se improvisan. Es imprescindible preparar el terreno mediante el cultivo de los elementos pre-corporativos, es decir, mediante la formación esmerada, sostenida y tenaz de sindicatos, tanto obreros como patronales y de la infiltración en ellos de un cristiano espíritu de colaboración. Esto no es labor fácil y de próxima realización; se trata de una empresa dificultosa, porque, además de los obstáculos que supone la intensificación de un modo de pensar, de una mentalidad, hasta el punto de que brille en las acciones de la vida práctica, dadas las circunstancias en cuyo medio debe desarrollarse esta nueva mentalidad, el llevarla a la práctica se torna aún mucho más difícil. Por eso, deben colaborar en la empresa todas las autoridades sociales, públicas y privadas, civiles y religiosas, colaboración que completada con la creación de centros de iniciación jurídica, económica y práctica y de escuelas especiales destinadas a formar dirigentes, producirá la formación de esa conciencia corporativa, de la que se desprenderá a modo de fruto en sazón el futuro **Estado corporativo**.

Esta es, en síntesis, la expresión de las conclusiones a que llegó la Semana de Angers.

Damos a continuación el texto íntegro de la carta que el Secretario de Estado del Vaticano, Emmo. Cardenal Pacelli envió a M. Eugene Duthoit:

“Señor Presidente: En la carta, llena de filial devoción, en que expone usted al Santo Padre el programa de la próxima Semana Social de Angers, expresa usted su confiado

sentir de que confluirán sobre los trabajos de esta asamblea las gracias del triduo eucarístico de Lourdes. En efecto, la celebración ininterrumpida de los santos misterios, que, durante las horas de tres días completos consecutivos, tuvo lugar en la gruta de Masabielle, bajo la protección de la Inmaculada Virgen María, es imposible que haya sido un episodio, que no tenga eco en la historia del mundo del mañana. No en vano, ciertamente, la humanidad entera, representada por delegaciones venidas de todas partes, se ha prosternado suplicante, en unión de toda la jerarquía y de su Augusto Jefe, implorando la paz, esta paz tan ardientemente deseada y que sólo Dios puede dar. Una vez más usted con sus colaboradores van a trabajar para preparar esta paz de Cristo:

La paz de de Cristo por la Justicia y la caridad sociales.—

La paz, en realidad, no consiste solamente en la inmediata seguridad de los pueblos respecto de sus relaciones mutuas. Para que haya paz es necesario también el orden y tranquilidad en el seno del país. Este orden interior exige hoy, como todos lo saben, la organización de la vida profesional, conforme a los dictados de la justicia, en la caridad. En muchos países ya, bajo la presión de esta trágica crisis que paraliza en parte toda la vida industrial y comercial, se hacen esfuerzos a través de mil obstáculos y bajo múltiples formas, para implantar o resucitar ciertas instituciones profesionales de derecho público que en un nuevo orden social y jurídico puedan aportar a la vida económica el beneficio de un principio director a la vez justo y eficaz.

La política social debe procurar con todo cuidado se restauren las instituciones corporativas.—Muy acertadamente han señalado ustedes como tema de los trabajos de la vigésimoséptima Semana Social de Francia la organización corporativa. Quieren, dicen ustedes, buscar, a la luz de las enseñanzas pontificias, los caminos de una economía más ordenada y más humana. Es necesario, dice la Encíclica “*Quadragesimo anno*”, poner fin a la lucha de clases, grave desorden que conduce a la sociedad a la ruina. Es necesario que “estas clases opuestas sean sustituidas por órganos bien constituidos, por gremios o profesiones que agrupen a los hombres, no por el puesto que ocupan en el mercado del trabajo, sino según las diversas ramas de la actividad social que los ligan entre sí”. Por fin, es necesario encontrar “para el conjunto de las profesiones, un principio de unión en el bien común, al cual todas y cada una de ellas por su parte deben tender, mediante la coordinación de sus esfuerzos”. He aquí por qué “la política social pondrá todo su empeño en reconstruir los cuerpos o grupos profesionales”.

Las organizaciones corporativas no se organizarán siguiendo una fórmula única y rígida, sino atemperándose al carácter nacional, a las tradiciones y necesidades de cada país.—Sin embargo — siguen las enseñanzas del Santo Padre, — al tratar de restaurar las instituciones corporativas en una sociedad tan diferente de aquella que las vió florecer en otra época, sería necio intentar ponerlas en práctica ajustándose a una única y rígida regulación. Antes bien, “los hombres son libres de adoptar una forma u otra, con tal, solamente, de que se tengan en cuenta las exigencias de la justicia y del bien común”. Con razón indican ustedes, también, que esta realización debe conformarse con el temperamento nacional, las tradiciones y las necesidades peculiares de cada país; y acertadamente buscan ustedes el medio de introducir orgánicamente en el nuevo orden de cosas las asociaciones profesionales existentes ya en Francia, a fin de encaminarlas así hacia esos organismos mejores, las Agrupaciones corporativas, de que habla la Encíclica.

La Acción Católica, por medio de sus secciones especializadas, llena con perfección el papel de educador social.—Finalmente, ya que no basta dar a la institución corporativa una estructura jurídica, puesto que se necesita de algo que sea como su alma, es decir, le hace falta el espíritu de justicia y caridad social, se proponen ustedes, con justo acuerdo, hacer resaltar la función educadora de la Acción Católica, capacitada, por medio de sus acciones especializadas, de hacer penetrar los principios del cristianismo en las capas profesionales. En efecto, ¿no es verdad que la Acción Católica forma a sus miembros, como algo suyo esencial, en el conocimiento y en la práctica de los deberes de su estado, que en primer término incluye sus obligaciones profesionales.

El Santo Padre bendice la Semana Social de Angers.—Los conferenciantes y oyentes de la próxima Semana Social de Angers que se proponen tales objetivos, tiene sobrada razón de contar con las gracias que las inolvidables jornadas de Lourdes han atraído sobre el pueblo cristiano. Gracias de luz celestial descenderán sobre ustedes, con tanta mayor razón por cuanto que caerán sobre personas que se han reunido en torno del venerable decano de los Obispos de Francia en el corazón de su diócesis, en que florece espléndidamente el apostolado de la verdad, desde la enseñanza primaria hasta la enseñanza superior. Por todo ello el Santo Padre les envía de todo corazón la bendición apostólica, que han implorado, extensiva a todos los colaboradores, organizadores, profesores y oyentes de esta vigésimoséptima reunión, sin olvidar a la Asociación de Amigos de las Semanas Sociales de Francia.

Al ofreceros personalmente mis votos por un grande éxito, os ruego aceptéis la seguridad de mi religioso afecto.—E. Card. PACELLI”.

El Catolicismo en Alemania

No han cesado aún las manifestaciones anti-católicas en Alemania; poco tiempo atrás el Ministro del Interior de Alemania Dr. Wilhelm Frick pronunció un discurso en que, entre otras cosas, expresaba lo siguiente acerca de la actitud que el “Osservatore romano” había guardado para con él en la cuestión relativa a la esterilización:

“El “Osservatore romano” ha estimado necesario dice el ministro, atacarme violentamente sobre esta cuestión en una nota del Vaticano leída desde el púlpito en los templos católicos de Alemania. Se ha argumentado que la ley de esterilización es contraria al derecho divino. Pero, conciudadanos alemanes, si Dios ha creado sano a un pueblo, creo que también es de ley divina mantenerlo sano, por lo cual debo rechazar enérgicamente esa argumentación. La ley contra una descendencia afectada de enfermedades hereditarias se apoya en conocimientos científicos provenientes de la doctrina de la herencia. Hemos visto cómo los Papas han tratado de contradecir y de aniquilar las teorías científicas mediante las doctrinas dogmáticas; recuerdo sólo los principios de Galileo y de Copérnico, definidos como contrarios a la Biblia. Hoy creo, nadie discutiría en el Vaticano que la tierra gira en torno del sol; lo mismo se puede decir de esta doctrina científica. Hoy la Iglesia, la Iglesia católica, se levanta sosteniendo que la esterilización ofende al derecho divino contra sabias conclusiones científicas universalmente aceptadas”.

Hasta aquí el Dr. Frick.

El órgano oficioso de la Santa Sede, después de hacer ver la diferencia obvia que existe entre un ataque violento y una reputación de errores, echa mano a las afirmaciones proferidas por el ministro alemán y le contesta “que el hecho invocado contra la Iglesia romana — la condenación de Galileo — está mostrando con claridad precisamente lo contrario; porque si se considera la conducta observada por la Curia romana para con el físico italiano y se la compara con el modo de proceder de esa misma Curia en frente de Copérnico, que fué el inventor, en realidad, el sistema heliocéntrico, se ve que, si vituperó al italiano y sólo alabanzas prodigó al canónigo alemán, fué debido a que en aquel más que al sabio consideró al polemista reo de torpeza y petulancia, inclinado a emplear disciplinas como la exégesis bíblica para las cuales carecía de la suficiente ilustración.

La Iglesia católica no es un tope, es una virtud; no es estática, es dinámica; es espléndido, enaltecedor y viril el renunciamiento que exige; noble el sentido de la responsabilidad en que se inspira; eficaz el camino de perfeccionamiento que indica: la educación; confortadora la fe que invoca y exige, la fe en la supremacía del espíritu, la fe en el hombre dominador de sí propio y que todo lo puede en el Dios que lo asiste y ayuda. Una virtud que ha ido enlazada a las más sublimes conquistas espirituales de los héroes puede muy bien ofrecer a la doctrina de la herencia — aun en el caso de que ésta fué una verdad incontestable — un remedio seguro sin sacrificar en lo más mínimo la libertad ni humillar tampoco la dignidad humana, antes bien exaltándola en su expresión más brillante y victoriosa, la del sacrificio.

En cambio, la esterilización cree en la ley divina y no cree en aquello por lo cual esa ley se verifica y se actúa; no cree en el espíritu; no cree en la conciencia ni en la voluntad. Cree, sin embargo, en la coacción, en la intervención del hierro quirúrgico. Pone en la base, en el centro de toda una reacción nacional la mesa de operaciones. No cree en la educación, no cree en la virtud, no cree en el hombre y quiere sanar a un pueblo. Ardua empresa, a menos que la salud del pueblo se identifique con la higiene. Pero las naciones no son hospitales ni locales de convalecencia, sobre todo si quieren, como Atlante, llevar sobre sus hombros al mundo y hacer del horizonte propio el amanecer de una era nueva”.

Como siempre, el gran diario católico ha prescindido de toda cuestión baladí y se ha plantado en la región serena, a la vez que pura, de los principios. Toda renovación humana ha de comenzar por aquello que hay en el hombre de específicamente suyo, de plenamente humano, por el espíritu; de lo contrario no se llega sino a la arbitrariedad y a la violencia, y, según reza el adagio **violento non durante**...

La Filosofía positivista

La influencia decisiva que el sistema de Augusto Conte tuvo en la orientación filosófica de la segunda mitad del siglo XIX es un fenómeno de los más instructivos para los psicólogos; los recientes estudios efectuados por algunos alienistas notables han demostrado hasta la evidencia que el fundador del positivismo estuvo loco durante casi toda su vida.

Los primeros síntomas de su locura se manifestaron en 1826, año en que fué internado en el instituto del célebre Esquirol de donde salió después de una permanencia de ocho meses con un certificado de este médico que lo daba por no restablecido.

En los años sucesivos atravesó más de una vez por crisis semejantes particularmente violentas en los años 1838 y 1845. Y después de su muerte, acaecida en 1857 sus mejores amigos y partidarios como Emile Littré, John Stuart Mill y Alfred Fouillé declararon públicamente, con ocasión de un proceso, que durante los últimos doce años de su vida Augusto Comte estaba completamente loco.

De un análisis cuidadoso de todos sus escritos se desprende como consecuencia necesaria que, durante toda su vida fué un enfermo mental. Quiso fundar la ciencia nueva, la Sociología, sobre las propiedades particulares de la naturaleza humana cuyos rasgos característicos, no obstante, desconoce, especialmente aquellos que distinguen al hombre de la bestia, y subordina las cualidades espirituales a los afectos e inclinaciones, lo cual equivale a erigir el instinto humano en factor dominante dentro del orden político y social.

Comte no es un intelectualista; la razón, es cierto, lo guía principalmente en la exposición de su sistema filosófico; pero él mismo declara que esa facultad muy a menudo se encuentra esclavizada por los sentidos y sentimientos. Según su ley de los tres grados, la creencia religiosa, que es el primero de esos grados, ha pasado ya de moda y se ha tornado extemporánea; así, reemplaza a Dios con un ente metafísico y crea una religión humana que culmina en la adoración de Clotilde de Vaux hacia quién se sentía animado de un místico amor. A pesar de que afirma y asegura que su sistema es la expresión más acabada de las ciencias exactas llegadas hoy a su máximo desarrollo, lo efectivo es que transforma a la filosofía positiva en una metafísica privada de todo fundamento real y de toda utilidad. Y por otra parte, su amor hacia Clotilde de Vaux lo induce a colocar por sobre la filosofía y la política su religión humana convertida en el culto de su ídolo, sin echar de ver que, con semejante actitud, anula su propia ley de las tres etapas y que además su nueva clasificación es inconciliable tanto con la realidad de las cosas cuanto con el más simple sentido común.

En vano se buscaría en la filosofía de Comte un fundamento más o menos aceptable para la moral humana y nada quiere saber de sanciones religiosas o de obligaciones que ligen al ser humano con el Creador del universo; y está claro: cuando los afectos son el motivo y la norma principal de las acciones humanas ya se pierde de vista la libertad y no se divisa más la separación entre el hombre y el animal. Es imposible encontrar el fundamento de la moral en un sistema donde el instinto domina a la inteligencia y faltan todas las trazas de la intervención espiritual. Y si consideramos finalmente que

carecía el filósofo francés por completo de la facultad de analizar el propio "yo", ¿cómo se podría explicar su influencia sobre espíritus como Emile Littré, Herber Spencer, John Stuart Mill e Hipólito Taine que tan superiores le eran por el pudor de su inteligencia y la armonía de las ideas? Ciertamente que el vocablo **positivismo** ha tenido su parte en el encantamiento; pero en el fondo el problema es de orden psicológico.

La filosofía espiritualista del siglo XIX se había lanzado por obra de Kant en un callejón sin salida y de allí las locuras metafísicas de Hegel y de Shelling quedando de este modo aislado de las ciencias sin conseguir marchar tras de sus pasos; ésto no fué óbice para que renegando de Dios se arrogara la misión suprema de juzgar del valor de las ciencias exactas, con lo cual perdió poco a poco el influjo en el vulgo y la consideración de los doctos. Porque la fuerza de los grandes Escolásticos y de sus sucesores dependía de que, maestros de la ciencia de entonces hallaban en la creencia en un Creador del universo un fundamento sólido para sus especulaciones y un freno poderoso para la virtuosidad retórica, al mismo tiempo que su fe religiosa les impedía terminar en el nihilismo.

Por eso tras los idealismos de todo grado y matiz, el positivismo resonó como la palabra liberadora, la voz de la cordura, quen junto con hacer volver la idea de religión, si bien completamente desfigurada, restauraba las esperanzas en una reconciliación de la filosofía con las ciencias. La religión de la humanidad era fácil de seguir, sin culto ni moral especial cuya observancia fuéese cosa de rigor, y la sociología inventada por Comte como nueva rama de una dialéctica tan sutil cuanto estéril ha abierto ancho espacio a las tendencias y ejercicio de la retórica.

Ese anti-intelectualismo mezquino y ramplón es la causa, en gran parte, de la anarquía espiritual que se enseñoreó del ambiente intelectual europeo en el pasado siglo XIX y del desconocimiento de las tradiciones seculares que son el fundamento de la civilización moderna.

Soplan vientos restauradores. La pesadilla positivista se va poco a poco desvaneciendo ante el empuje de núcleos intelectuales que se levantan ansiosos de restablecer a la razón humana en sus derechos para así doblar esta encrucijada de dos edades y entrar de lleno en la era que ya se avecina.

He aquí una síntesis de las interesantes reflexiones que merecen al "Osservatore romano" los indicios de bancarrota que presenta, en los actuales momentos, la filosofía positivista que tanto estragos hizo en la intelectualidad del Siglo XIX.

Revista de Ideas y de Hechos

Infinito es el número de tontos.

Ayer fué Krishnamurti; hoy es Clark Gable.

La ciudad de Santiago se estremece de emoción. Corre el público por las calles. Las damas suspiran. Un gentío inmenso se agolpa en las inmediaciones del Hotel Crillon y pugna en vano por penetrar en el recinto. Alguna joven más viva se desliza hasta los aposentos del galán de la pantalla y finge un desmayo para ser de esta manera introducida a la alcoba de Gable, en brazos de él mismo, y cubrirle a la postre el rostro de besos y colorete. Y claro está que se trata de una joven casada, cuyo marido contempla la escena con sonrisa indulgente...

¡Vamos! Son otros tiempos los que corren. Las preocupaciones e intereses varían. La moral cambia... Los "prejuicios" tienden a desaparecer y a liberar de su horrible pesadumbre al pobre mortal. En la antigüedad fué el filósofo y el artista; en la Edad Media, el caballero andante; hoy, el héroe de la Metro Goldwyn Mayer, lo que apasiona y mueve las voluntades. Son otros tiempos los que corren...

El estado de nuestro pueblo

Se nota en los últimos tiempos una viva preocupación por el mejoramiento de las condiciones de existencia de nuestro pueblo. Los técnicos de alimentación de la Sociedad de las Naciones, profesores Burnet y Dragoni, por una parte, la Sociedad Nacional de Agricultura, por otra, estudian la precaria situación del obrero y la manera de poner remedio a la misma.

La sensible disminución del poder adquisitivo de la moneda ha repercutido dolorosamente en las clases proletarias y hecho difícilísima su subsistencia. El costo de los artículos alimenticios alcanza, particularmente en los campos, límites prohibitivos, pues allí, aparte del escaso valer de la moneda, entra a jugar un rol preponderante la abusiva especulación. Todo esto lo ha comprendido la Sociedad Nacional de Agricultura, por cuyo motivo ha solicitado y obtenido del Gobierno el nombramiento de una comisión encargada de elaborar un proyecto de ley que persiga el mejoramiento de la condición los obreros de esta importante industria.

Pero el problema no se limita sólo a la deficiente alimentación y al bajo salario, sino que también abarca el gravísimo estado de la habitación popular. Al respecto leemos en el nú-

mero de Octubre de la revista "Acción Social", órgano de la Caja de Seguro Obligatorio los siguientes datos:

"En Santiago acaba de realizarse una encuesta parcial por el Departamento de Salubridad e Inspección de la I. Municipalidad. Los resultados que arrojó la Inspección Sanitaria de 891 habitaciones colectivas, de las cuales 232 eran citées y 759 conventillos, son: 118 en buenas condiciones; 232, en regular estado; y 541 en pésimas condiciones. Los 759 conventillos dieron un total de 8,490 piezas, es decir un promedio de 10.74 piezas por cada conventillo; y en los 232 citées existen 3,982 casitas, a razón de 17,16 casitas por cité. En las 891 habitaciones colectivas vive una población de 43,086 habitantes; cifra fantástica si se toma en cuenta que el más grande de los "cuartuchos" del conventillo no alcanza al minimum de superficie de 9 metros cuadrados, exigido para la vida común de los seres, y que el promedio de los casos inspeccionados da 5 habitantes por cada cuarto. El 12 % de los conventillos estaba superpoblado, alcanzando a un promedio de 8 personas por pieza".

Frente a estas cifras que se refieren la ciudad más importante de la República ¿cabe permanecer indiferente? El problema nos parece pavoroso, porque en él se juega todo el porvenir físico y moral de nuestra raza, y va siendo hora de que los hombres de Gobierno se preocupen de abordarlo.

La Guerra

La lucha armada entre Italia y Etiopía se ha desencadenado violentamente siendo como siempre estériles los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones para evitarla. ¿Se obtendrá algo con los acuerdos tomados por la corporación ginebrina en contra del agresor, que ya lleva invadido buena parte del territorio abisinio? Lo creemos difícil. A la Liga le falta fuerza moral a más de medios coercitivos para imponer sus sanciones. Nada pudo ante el Japón devorador de la China y de las islas sometidas a mandato. Nada hizo tampoco de positivo en el conflicto del Chaco, que llegó a resolverse por vías muy diversas. Por otra Gran Bretaña, la potencia que domina la Sociedad de las Naciones, carece del prestigio suficiente en el campo de la moral internacional para lanzarse en una sincera campaña de defensa de los derechos de los pueblos débiles. Sus tropelías en la India, Trasvaal, Malta, Gibraltar y otros lugares la incapacitan por entero para representar, como quisiera, el papel de paladín de la causa de los oprimidos.

Sólo hay una autoridad que puede erguirse dignamente en medio del caos: la de la cátedra de Pedro. "Vemos — ha

dicho el Pontífice en un discurso a las enfermeras católicas reunidas en Roma en Congreso Internacional — que ya en el extranjero se habla de una guerra de conquista, de una guerra ofensiva; he aquí una suposición en la cual no queremos detener nuestro pensamiento; una suposición que desconcierta. Una guerra que no fuera sino de conquista sería evidentemente una guerra injusta; he aquí algo que sobrepasa toda imaginación: he aquí algo increíblemente triste y horrible. No podemos pensar en una guerra injusta. No podemos concebir su posibilidad. No creemos, no queremos creer en una guerra injusta. Por otro lado, en Italia se dice que se trata de una guerra justa, porque una guerra de defensa para asegurar sus fronteras contra riesgos continuos e incesantes, una guerra necesaria para la expansión de una población que aumenta de día en día, una guerra emprendida para defender o asegurar la seguridad material del país, se justifica por sí misma. Es verdad, sin embargo, queridas hijas, es verdad, y no podemos dejar de pensar en ello, que si esta necesidad de expansión existe también la necesidad de asegurar por la defensa las fronteras, no podemos sino desear que se llegue a la solución de todas las dificultades, por otro medio que no sea la guerra. ¿Cómo? No es, evidentemente, fácil decirlo; mas no creemos que sea imposible encontrarlo. Hace falta estudiar esa posibilidad. Una cosa nos parece fuera de dudas: que si la necesidad de expansión es un hecho, que es preciso tener en cuenta, el derecho de defensa tiene sus límites y sus moderaciones, que se debe guardar para que la defensa no llegue a hacerse culpable”.

¿Cómo recibió el mundo las palabras de paz del Pontífice? El estampido del cañón fué su sola respuesta

J. E. G.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y el extranjero.
Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Exija a los suplementeros “El Diario Ilustrado”

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Notas Bibliográficas

**"EL SEÑOR DE GINEBRA", por Alejandro Vicuña Pérez. —
Editorial Nascimento - 1935.**

El Pbro. Don Alejandro Vicuña Pérez, ha publicado "El Señor de Ginebra: San Francisco de Sales", y los Pbrs. Don J. M. Corral, en "La Revista Católica" y D. Francisco Donoso, en "El Diario Ilustrado", han elogiado la obra con y sin reservas respectivamente. Dice el Sr. Corral que "a la sordina se ha reprochado por algunos la vida de San Francisco de Sales, escrita por el Sr. Vicuña". Sin sordina, creo un deber reprochar ese libro, bien escrito y mal pensado y lamentar que dos amigos y colegas se hayan dejado arrebatar por un entusiasmo por demás exagerado. Estoy cierto de que ambos me encontrarán razón.

Ni "Cicerón", ni "Savonarola" son un modelo de biografía. Fuera de la forma amena y galana, que agrada por una discreta soltura y elegancia, se echan de menos todas las cualidades de una verdadera biografía. No sólo que es tesis errada la de "Cicerón" y "Savonarola", de la incompatibilidad entre el talento y la voluntad y el celo apostólico, sino que además en toda biografía, por muy "novelada" que sea, está obligado el escritor: 1.º, a no apartarse de la verdad; 2.º, a estudiar, comprender y pintar profundamente el carácter del biografiado, conviviendo intimamente con él, como bien dice el prólogo de "El Señor de Ginebra"; y 3.º, a no valerse de una figura histórica COMO UN SIMPLE PRETEXTO para atacar a los vivos y a instituciones respetables. Y es lástima que un libro bien escrito, no pueda agradar por faltarle todas estas condiciones esenciales para poder ser alabado sin reservas.

En efecto, ni el autor, ni sus críticos parecen haber leído las modernas biografías de San Francisco de Sales, por ejemplo, las de Couanier y H. Bordeaux, verdaderos artistas del pensamiento y la pluma, que presentan al Señor de Ginebra, en "San Francisco de Sales y sus amistades", "San Francisco de Sales y nuestro corazón de carne", no como "al Santo con mayúscula", sino "como al alcance de todos nosotros, es decir, no al misionero, ni al Obispo, ni al fundador de la Visitación, ni al Teólogo del Tratado del Amor de Dios, sino simplemente al HOMBRE, originario de un país, de una raza y una familia, llamado por su misma vida a conocer mejor y a dirigir las almas y cargado más que otro alguno de una HUMANIDAD de la que no ignoró más que las faltas, porque tenía, según su propia expresión, "UN CORAZÓN DE CARNE", (H. Bordeaux). Y esas biografías del hombre Francisco de Sales, merecen ser llamadas "instructivas y edificantes" por el Secretario de Estado de Su Santidad; mientras "El Señor de Ginebra" no alcanza a ser totalmente ni lo uno, ni lo otro, porque no comprende el mismo autor esta figura humana del Obispo de Ginebra y, sin quererlo, empero, trae graves errores de apreciación del hombre, de su carácter y de su acción.

Olvidan, el autor y los críticos, que la santidad, la gracia sobrenatural, la vida espiritual, pueden considerarse como un aspecto de la vida de un santo y se puede biografiar insistiendo más en otros aspectos. Pero, aunque insistiendo en el substratum humano del santo, con minúscula, como lo hacen acertadamente Bordeaux y con desacierto Vicuña, no se puede separar lo que

es inseparable: el hombre en el cristiano, el hombre en el santo ES el hombre elevado al orden divino de la gracia y de la santidad. Olvidarlo es empequeñecer, desfigurar, caricaturizar su figura, como ha sucedido, por desgracia, en "El Señor de Ginebra".

Aun para escribir a "ovejas negras", hay que escribir con verdad, siempre con verdad total. Una personalidad trunca o disfrazada no agrada a nadie de ningún redil que tenga sentido común y buen gusto. Hay, por cierto, rasgos de atracción y simpatía en este destefido retrato salesiano; pero "bonum ex integra causa", y, fuera de la debilidad de trazos, p. ej., en la misión del Chablais, no lleva a grande admiración, ni imitación de sus virtudes un santo cuya virtud característica, la dulzura, no es fruto del meritorio vencimiento con que una voluntad generosa coopera a la gracia, sino producto prosaico de una atrofia del hígado... (!).

Dice, y con sobrada razón el Sr. Corral: "Al tocar los puntos delicados de disciplina eclesiástica o práctica de la Iglesia o conducta de sus jefes, MAXIME cuando se escribe para el rebaño ajeno, deben aclararse bien los conceptos. De tocarlos a la ligera, en tal forma que se sugieran ideas y no se explayan CONVENIENTEMENTE, sería preferible omitir ese toque". El mismo crítico señala errores no despreciables, en cuanto a apreciaciones contrarias a la Iglesia acerca de Seminarios y Universidades, (página 77), donde parece olvidar que Francisco de Sales fué eminentemente "el humanista devoto" de las Universidades Pontificias de París y Padua. Así mismo en la página 109, en que como un laico de esos que se llaman "cristianos pero no clericales", se acerca demasiado a preposiciones condenadas en el Syllabus respecto a las relaciones de la Iglesia con el brazo secular, la religión del estado, falso concepto de tolerancia, indiferentismo estatal, y repite la consabida cantinela de los "prejuicios", fuera de llamar medioeval a la rigidez Jansenista, mientras olvida al Francisco seráfico de la Edad Media..., etc., etc.

Francisco Donoso dice que "el autor logra plenamente su objeto". Puede ser. El objeto de una biografía, no. Por fortuna, no sé qué objeto pudo tener el autor de tal biografía. Declara que escribe sólo por placer. En todo caso, mejor fuera no tocar tan a la ligera figuras e instituciones tan respetables.

Apunto otras inexactitudes e inconveniencias. Llama a Francisco "falto de viva fantasía o de una contextura fisiológica generosa", (p. 10); le achaca "escasez de imaginación", "complejión linfática" (38), a quien falta "vigor y humanidad" (!) (39); "esencialmente cerebral y privado de imaginación"; con "miopía espiritual"; "incapaz de vibrar..., de sentir... Era un suizo, de inteligencia unilateral y libresca". ¡Qué miopía espiritual de biógrafo!

Por fortuna en el buen Capítulo "El Escritor" y en el curso del libro, el Sr. Vicuña contradice esta antojadiza desfiguración del santo humano y afectivo por excelencia. En la Enciclica de S. S. Pío XI, con ocasión del III Centenario de la muerte de San Francisco de Sales, leemos algo que el escritor debió leer antes de escribir: "Y se equivoca medio a medio el que crea que a Sales había cabido en suerte tal índole de alma, que era de esos hombres dichosos a los que previene la gracia de Dios en las bendiciones de la dulzura. Al contrario, LA NATURALEZA dotó a Francisco de Sales, (¡historia no novelada!), en su mismo TEMPERAMENTO de cierta acritud e inclinación a la ira. PERO, PROPONIENDOSE imitar como modelo a Jesucristo..., ESTUDIO

toda su vida los movimientos de su ánimo y aun empleando la VIOLENCIA, los REPRIMIO y suavizó, a tal punto, que expresaba al vivo como el que más, al Dios de la paz y de la mansedumbre”.

Multitud de otros errores escribe acerca de la adecuabilidad de las antiguas órdenes religiosas, etc., en que uno encuentra tanto naturalismo y echa de menos lo que tiene derecho a exigir de un escritor, que domine los temas que toca, como en H. Bordeaux, en el “Pío X” de R. Bazin, el “Richelieu” de Hillaire Belloc, el “Don Bosco” de Hugo Wast, mientras nuestro biógrafo deja al descubierto grandes lagunas de formación sólidamente teológica, canónica, ascética y hasta histórica. Pero, sobre todo, no se explica en un escritor cristiano y sacerdote, que en un libro que pudo ser ameno y edificante, (los tres últimos capítulos son hermosísimos), en su afán de humanizar, haya llegado involuntariamente a profanar la figura de San Francisco de Sales. En su prólogo habla de la necesidad de convivir íntimamente con el biografiado. La vida íntima de un Santo es de un orden sobrenatural. En medio de muchas ideas felices, tiene trazos y excepciones que no admiten justificación alguna, no sólo de parte de los “gazmoños” sino de cualquier hombre recto.

En “La Cuaresma de Dijon” hay cosas hermosas y puestas en lugar; pero no alcanza la talla de Francisco para comprenderla y decirla. Especialmente los primeros renglones de la pág. 165 y las últimas líneas de la pág. 172, hieren a cualquier cristiano que, sin ser “devoto oficial de San Francisco de Sales” tenga al menos un adarme de veneración por él.

Y es lástima que un escritor sacerdote, sea la primera excepción al “Mayor de los milagros” que menciona el Sr. Vicuña en el Cap. XVI: “La amistad del Señor de Ginebra y de la Baronesa de Chantal, ha SIDO SIEMPRE RESPETADA, a pesar de que figura en los anales humanos, como ejemplo de la más encendida ternura entre dos seres”.

Termino recordando que por los c. c. 1385 y 1386 del Código de Derecho Canónico, “El Señor de Ginebra” necesita no sólo licencia, sino previa, expresa y escrita CENSURA ECLESIASTICA; que esta ley afecta primariamente al autor y secundariamente al editor, y que su cumplimiento, habría hecho del libro del Sr. Vicuña, revisado y saneado, por lo menos, un simpático hermano menor de las obras de Bordeaux Couanier y tantos otros.

Carlos Hamilton D.

“¿A DONDE VA INDOAMERICA?”, por Víctor Raúl Haya de la Torre. — Ediciones “Ercilla”. — Biblioteca América: Volumen Núm. XV - Segunda Edición - 1935.

Corren vientos de renovación. Y lo curioso, es que tal renovación significa en el fondo una vuelta a ideas o sistemas abandonados en nombre de errores, que también fueron en su época, signos de rejuvenecimiento. El individuo, la sociedad, la ciencia, la Religión, experimentan en nuestros días una nueva valoración.

Le ha tocado ahora el turno a América. A través de libros, conferencias, círculos intelectuales — los grandes movimientos comienzan en el espíritu — asistimos a una fermentación, informe todavía, de la que debe esperarse un futuro cuajado de posibilida-

des. Ramiro de Maetzu ha dado la primera clarinada, con un libro — "Defensa de la Hispanidad" — que él mismo cataloga "de amor y de combate". Luego hemos conocido la valiente y generosa palabra del gran Vasconcelos en "Bolivarismo y Monroísmo". Añadamos en seguida el "Mensaje" de Waldo Frank, la obra de Ettore Viola, los últimos libros de Luis Alberto Sánchez, la relación de los estudiantes chilenos en el Congreso Ibero-Americano de Estudiantes Católicos, celebrado en Roma en 1933 — trabajo que publicó "ESTUDIOS" en sus números 17 y 18.

Muchos y variados son, entonces, los centros en los cuales se comienza a pensar "en americano"; existe ya una idea americana, floja y vaga aun, pero joven y viva.

Haya de la Torre, el conocido jefe de un importante movimiento peruano de liberación, reúne en "¿A dónde va Indoamérica?", una serie de artículos, cartas, ensayos, que tienen como denominador común el mismo pensamiento: una América social.

Hubiera sido preferible, quizás, que el autor condensara sus opiniones en forma más orgánica y académica. El libro habría ganado así en claridad y brevedad; pero habría perdido, en cambio, vida y pasión; vida y pasión que palpitan en cada artículo, en cada página, hasta en cada título. Es una obra que merece leerse y así parece haberlo comprendido el público, que ha consumido en poco tiempo la primera edición. Hay en ella ideas experimentadas, doctrina sufrida.

La posición de Haya de la Torre, frente al problema americano, es clara; encierra una negación y una afirmación rotundas: anti-imperialismo e indo-americanismo. El grueso del volumen, por razones fáciles de explicar, está destinado a revelar el peligro que para los americanos de origen peninsular significa el imperialismo yanqui. Es un llamado casi angustioso a estrechar filas, ante una amenaza que ha llegado a hechos sangrientos en Centro América, y que se realiza cautelosamente en Sud-América, gracias al poder del dinero.

La doctrina americanista del leader del APRA, ofrece evidente interés, ya que unos hablan de hispano-americanismo, otros de latino-americanismo, otros de pan-americanismo. Para nuestro autor, "hispano-americanismo corresponde a la época colonial: latino-americanismo, a la republicana; y pan-americanismo, es expresión imperialista yanqui". "Indoamericanismo — continúa — es la expresión de la nueva concepción revolucionaria de América, que, pasado el período de las conquistas ibéricas y sajonas, se estructurará en una definida organización económico-política y social, sobre la base nacional de sus fuerzas de trabajo representadas por la tradición, la raza y la explotación de sus masas indígenas, que en total de la economía americana — cuya unidad es indestructible — representan desde la época precolombiana, la base de nuestra productividad y la médula de nuestra vida colectiva"

Haya de la Torre cree que la etapa hispano-americana es un período ya vivido de nuestra tierra, como lo fué la vida española durante la invasión árabe. La influencia ibérica es evidente, pero no la única, ni antes ni después del descubrimiento; lo que permanece, ayer, ahora y siempre, es América, conjunto que se modifica en parte con cada invasión, pero que representa el tallo céntrico sobre el cual se va desarrollando la historia.

No podemos dejar sin mencionar importantes conceptos de Haya de la Torre, que distan mucho de nuestras ideas. La acentuación exagerada de la nota indígena es uno de ellos; en esta afirmación se encierra una sentencia que el propio autor ha con-

denado: la de hacer vivir épocas ya realizadas. Tampoco podemos seguir la interpretación económica de la Historia, carácter aprista de filiación netamente marxista. Por último, lamentamos el tono demagógico y superficial con que se ha abordado el conflicto entre la Iglesia y el Estado mejicano. Las frases de Haya de la Torre en este capítulo, se explicarían en un agitador, pero no en un hombre culto que dirige un movimiento político-social, profundamente arraigado en realidades históricas. Y el espíritu del catolicismo es también una realidad histórica, que nuestro autor parece ignorar...